



**UNIVERSIDAD DE CIENCIAS
Y ARTES DE CHIAPAS**

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

TESIS

**LOS EFECTOS DE LA PARENTALIDAD, LA
FUNCIÓN MATERNA Y PATERNA EN LA
INFANCIA**

**PARA OBTENER EL GRADO DE
MAESTRO EN PSICOLOGÍA**

PRESENTA

FREDDY OCAÑA HERNÁNDEZ

DIRECTOR DE TESIS

MTRO. JOSÉ LUIS MALDONADO ROMÁN



TUXTLA GUTIÉRREZ, CHIAPAS

FEBRERO 2018



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS
Dirección de Investigación y Posgrado



Tuxtla Gutiérrez, Chiapas
15 de enero de 2018
Oficio No. DIP- 035/2018

C. Freddy Ocaña Hernández
Candidato al Grado de Maestro en Psicología
Presente.

En virtud de que se me ha hecho llegar por escrito la opinión favorable de la Comisión Revisora que analizó su trabajo terminal denominado “ **Los efectos de la parentalidad, la función materna y paterna en la infancia**”. y que dicho trabajo cumple con los criterios metodológicos y de contenido, esta Dirección a mi cargo le **autoriza la impresión** del documento mencionado, para la defensa oral del mismo, en el examen que usted sustentará para obtener el Grado de Maestro en Psicología. Se le pide observar las características normativas que debe tener el documento impreso y entregar en esta Dirección un tanto empastado del mismo.

Atentamente

“Por la Cultura de mi Raza”



Dra. Magnolia Solís López
Directora.

DIRECCION DE INVESTIGACION
Y POSGRADO

C.c.p. Expediente

Unidad de Estudios de Posgrado
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. México
Libramiento Norte Poniente No 1150. C.P. 29000
Teléfono: 61-70440 Ext.4360.
investigacionyposgrado@unicach.mx

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN	5
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	8
JUSTIFICACIÓN	27
OBJETIVOS	29
CAPITULO I. METODOLOGÍA	30
I.1. Enfoque y método	30
I.2. Sujetos	35
I.3. Técnicas de recuperación de datos	35
I.4. Análisis	37
CAPITULO II. LA FAMILIA PARENTAL Y LA VIOLENCIA COMO SINTOMA EN LA INFANCIA	40
II.1. La familia parental	40
II.2 Función materna y paterna	46
II.3. La infancia y la estructuración psíquica	49
II.3.La infancia, la función paterna y los síntomas de violencia en el infante	55
CAPÍTULO III. ANÁLISIS DE RESULTADOS Y DISCUSIÓN	66
III.1. Caso 1. Alfredo “Cuando no desquita su enojo dice que lo va a matar”	72
III.1.1. Informe del tratamiento e intervención.	77
III.2. Caso 2. Jesús “Mi papá es muy bueno”.	79
III.2.1. Informe del tratamiento e intervención.	83
CONCLUSIONES	85
REFERENCIAS	89
ANEXOS	94

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a mis padres Antonio (QEPD) y Jesús por mostrarme el camino de la vida de la manera en que lo hicieron.

A mis hermanos por el amor incondicional que me han demostrado, por las convivencias y acompañamientos de la vida en todo momento.

Al Maestro José Luis Maldonado Román, por su eterna amistad, por alentar y transmitir su pasión por el psicoanálisis, por acompañarme en este recorrido.

A Doris, mi esposa por haber confiado en mí, por su ímpetu en todo, por alentarme siempre, por quererme. Por haberme permitido construir junto a ella la hermosa familia que tenemos y que me hace plenamente feliz.

A mis hijos Frida Anette y Luis Arturo, que han sido un motor que me ha impulsado desde que están conmigo, gracias hijos por enseñarme tanto acerca del amor, por enseñarme todos los días a ser un mejor padre.

A mis amigos, por la compañía, cariño y lealtad.

A todos y cada uno por permitir esta escritura.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de investigación nace a partir de notar que una de las demandas que comienzan a ser más frecuentes en la Clínica de Atención Psicológica (CAP) de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales (FCHyS) de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH), tiene que ver con la asistencia de padres que solicitan atención para sus hijos. Preocupados, argumentan que los infantes presentan comportamientos o actitudes que describen como expresiones demasiado violentas en el ámbito familiar y escolar principalmente, ante los cuales ya no saben qué hacer o cómo tratarlos. Con este antecedente surgió la inquietud de saber más sobre este fenómeno; que dada las circunstancias actuales de violencia en constante crecimiento en nuestro medio, sí puede ser una de las condiciones que dan origen a dificultades en el ámbito familiar, escolar y social.

Para este trabajo se ha tomado como principal referente la propuesta psicoanalítica creada por Sigmund Freud (1856-1939), desde donde se realiza la argumentación teórica, conceptual, metodológica y clínica para explicar, discutir y reflexionar sobre la estructuración psíquica del ser humano en su devenir como sujeto, su conformación familiar, su inserción social en la cultura y el sentido de los síntomas que manifiesta en general y del infante en particular.

El postulado que articula el andamiaje psicoanalítico formulado por Sigmund Freud desde la teoría y la clínica, propone un método para investigar, para revelar y explicar cómo el ser humano llega conformarse como un sujeto, un sujeto del lenguaje y de la cultura; un sujeto del inconsciente. Al describir el origen y el sentido de los síntomas, para la temática que nos ocupa significa describir y explicar el significado de las expresiones de violencia en el infante partiendo de la premisa psicoanalítica de un determinismo psíquico que busca la etiología o el origen a esta situación, donde la originalidad y particularidad del psicoanálisis, consiste en alojar el discurso/demanda del sujeto y a partir del ejercicio de la palabra y su escucha analítica producir un dispositivo donde la verdad (singularidad) del sujeto se construya. Sólo en esa singularidad se podrán las posibles explicaciones de su malestar y actuar en consecuencia.

Por lo anterior, en este trabajo se emplea una metodología con un enfoque cualitativo e interpretativo que ubica en primer orden el discurso del sujeto, donde se despliegan la subjetividad a través de la palabra, con lo que se intenta develar, discernir y explicar desde la teoría y práctica clínica, —lo expresado— en el malestar; así mismo se toma en cuenta el contexto familiar con el discurso de los padres.

De igual manera se incluyen aportes teóricos de diferentes autores que han continuado contribuyendo y enriqueciendo la teoría y la clínica a partir de lo planteado por Freud y que han favorecido de manera significativa en el esclarecimiento desde diferentes puntos de vista la estructuración psíquica, el origen y la etiología del síntoma y del malestar en general; situaciones que a lo largo de la vida han marcado al sujeto.

Para adentrarnos en la estructura y organización de la investigación, se han realizado de manera formal diferentes apartados de este trabajo y de los contenidos de cada uno de los capítulos. En primer término se da lugar al planteamiento del problema que tiene que ver con el abordaje de la conformación del sujeto como parte de una estructura familiar y social, el fenómeno de la violencia en los niños en diferentes vertientes, como un síntoma de la época actual, que cada vez demanda mayor atención.

Enseguida, el primer capítulo versa sobre la metodología de este estudio, donde se describen de manera puntual los pasos que se han seguido para el desarrollo de este trabajo con una perspectiva cualitativa y un enfoque teórico psicoanalítico.

En el segundo capítulo se desarrolla la tesis y argumentación psicoanalítica que propone Freud y otros autores que desde la vasta experiencia teórica y clínica discursan sobre la etiología de los síntomas y la neurosis, la sexualidad en la infancia, la parentalidad, la función paterna y materna y sus implicaciones, entre otros abordajes más.

En el tercer capítulo se exponen los casos de violencia atendidos, sus características, recortes de las entrevistas realizadas, análisis de los factores que influyen en estos síntomas de violencia y discusión teórica y clínica de los casos revisados.

Finalmente las conclusiones, que derivan de la praxis y su análisis que se produce de la conversión entre la práctica clínica y los elementos teóricos que la sustentan.

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

De forma similar a lo que sucede con otros primates, los seres humanos al nacer y durante un prolongado periodo de tiempo son relativamente inmaduros biológicamente en locomoción y muy dependientes de quien o quienes los cuidan, mientras que son muy precoces en su desarrollo comunicativo. Por esta razón, los seres humanos en general son enseñados por el entorno social y cultural para asumir el lugar de madre y padre, responsables del infante de alguna manera llegado ese momento dada su inmadurez para ser independiente con el fin de interactuar con el recién nacido y comunicarse con él justo desde el nacimiento y durante todo su desarrollo. Este proceso es una larga preparación y entrenamiento cultural, que se inicia desde la infancia y que alcanza la maduración al final de la adolescencia a través de la identificación con las figuras parentales.

Desde este punto de vista, la relación del vínculo afectivo de los padres con el infante ha estado relacionada con las capacidades concretas de la comunidad humana, el contexto cultural, la educación, las instituciones, la familia, entre otros aspectos más, necesarias para la comunicación y el aprendizaje social. Por ello, una situación actual es la discusión sobre las formas de crianza en el desarrollo y crecimiento del infante, puesto que lo que se ha considerado como el grupo familiar básico, históricamente ha venido sufriendo cambios importantes y la que conocemos como la familia nuclear tradicional en la actualidad también está presentando diferentes manifestaciones, realizando ajustes, haciendo adaptaciones y transformaciones que cada vez se reflejan más en los síntomas y malestares que se presentan en sus miembros.

El psicoanálisis desde la teoría y la clínica siempre se ha interesado por discernir el proceso por el cual transita la constitución del ser humano incluso desde antes de su nacimiento y su devenir como sujeto en una comunidad social. Es a partir de esa condición humana donde el recién nacido depende por completo del otro para sobrevivir y desarrollarse; qué el psicoanálisis ubica en primer plano las primeras relaciones del infante con sus padres o quienes se hacen cargo de él. Posteriormente de las vicisitudes para insertarse y funcionar en la cultura; de las instituciones que lo marcan y le producen malestares. Desde ahí emerge como demanda

una clínica infantil para atender los síntomas y el discurso del niño relacionado a ese contexto familiar y social.

El hecho de que el trabajo con los padres, cuando se trata del desarrollo y la crianza en la infancia, sea hoy considerado como conveniente cuando se emprende un tratamiento clínico con un niño que está manifestando algunos síntomas o malestares que perturban la dinámica familiar, está vinculado con las evoluciones importantes en las investigaciones del ámbito del pensamiento psicoanalítico, con las reflexiones teóricas, la experiencia en la práctica clínica y la constante revisión de lo planteado por Freud; lo anterior ha permitido ir construyendo más que un saber dogmático o acabado, un saber que se ha enriquecido y diversificado para proponer un saber acumulado con la experiencia en permanente discusión.

Desde los inicios del psicoanálisis, a Freud le llamó la atención los relatos y referencias de sus pacientes adultos a ciertos acontecimientos vividos durante la infancia, ya sea como acontecimientos traumáticos, ya sea como situaciones propias de la fantasía, o como la expresión de algunos síntomas comunes de la niñez, entre muchos más. La infancia feliz relatada en los cuentos de hadas e historias infantiles desde el psicoanálisis es considerada un mito.

La imagen del niño feliz, ingenuo, angelical, sin problemas, sin pérdidas, sin conflictos, ni defectos, en un mundo encantador de ensueños, es imposible e inexistente. Ese mito alimentado por leyendas, cuentos e historias como ya se dijo antes, es lo que está infiltrado en nuestra lectura tradicional de la infancia como una etapa de inocencia al no considerar a veces que como todo sujeto de la cultura está sometido a la represión de los deseos infantiles, principalmente sexuales y agresivos. El infante por el hecho de ser un sujeto hablante, subordinado a los deseos del otro y de la cultura, queda también implicado en este drama y a padecer los malestares de la comunidad humana.

Un recién nacido que ha sido alojado en este mundo puede vivir diferentes circunstancias, sufrir y padecer por su dependencia con el otro y ese sufrimiento acompañarlo en su estructuración y en su desarrollo futuro. Los síntomas y los malestares del niño desmienten ese ideal de plenitud imposible de cumplir a pesar de ser el preámbulo de la constitución de los ideales parentales, sociales y escolares. Mientras más creamos en ese mito, más se desestima la

función de respuesta del menor frente al encuentro con la adversidad, incluida la respuesta sintomática, es decir, desestimando que los sucesos que ha vivido dejaran alguna secuela o marca, sólo por ser un infante al que se le olvidará o ha olvidado con el tiempo, aquello que ha vivido.

Por lo anterior se han investigado las diferentes perspectivas acerca del desarrollo del infante y su conformación familiar. Según Roudinesco (2003), los términos “*parental*” y “*parentalidad*” aparecieron recientemente en el lenguaje de la psicología y también en el psicoanalítico. Aunque son resultantes de la palabra padre (*él o la que genera*) son utilizados para indicar el proceso a través del cual un sujeto se convierte y se nombra como padre desde un punto de vista presencial y afectivo. Cuando se habla de parentalidad se habla de una parentalidad que se asume como función específica que no corresponde totalmente o solamente a la parentalidad biológica, como sucede con otras especies.

No hay duda que el ser humano desde que nace y conforme crece desarrolla fuertes y estrechos lazos psicológicos con sus padres y los seres cercanos de su entorno familiar, haciéndolos parte de sí mismo; aporte que ha sido fundamental desde la psicología y lo social, al reconocer la presencia de ese otro primordial o primario, como fundamental para sostener y mantener la vida del sujeto en ciernes.

En términos sociales, el ejercicio de la parentalidad apela básicamente al reconocimiento legal que inscribe al hijo en un linaje de sangre o ascendencia familiar y a la socialización entendida como la incorporación de dicho hijo a las normas, principios y valores de la sociedad a la que pertenece. En cuanto fuentes internalizadas de afecto. Los padres se convierten también en críticos y censores. Esta ambivalencia del sujeto se encuentra en relación con estos objetos introyectados, con los ideales de la cultura y los deseos paternos. Dentro de este marco de la parentalidad podemos remitirnos a una cita de Freud donde ubica y reconoce este lugar a los padres en ese proceso de desarrollo del niño.

El mismo padre (la instancia parental) que dio al niño la vida y lo preservó de sus peligros le enseñó también lo que tenía permitido hacer y lo que debía omitir, le ordenó consentir determinadas limitaciones de sus deseos pulsionales, le hizo saber qué miramientos hacia padres y hermanos se esperaban de él si quería ser un miembro

tolerado y bien visto del círculo familiar y, después, de unas asociaciones mayores. (Freud, 1997, p. 151).

Desde lo legal, el ejercicio de la *parentalidad* se refiere a los derechos y obligaciones que la ley reconoce a los padres respecto de sus hijos, plasmados en los códigos legales de cada comunidad humana sustentada en un estado de derecho además de proteger un bien jurídico. En términos políticos, la *parentalidad* remite a la administración del poder al interior de la familia y de la relación entre la familia y los poderes del Estado, así como a la igualdad en el ejercicio de las funciones parentales. En términos económicos, la *parentalidad* administra los bienes (concepto de patria potestad) de los hijos mientras ellos sean menores de edad. Remite también como dice Berenguer (2006), a aquello que está en juego en el encargo paterno, como una continuidad cuando tiende a acentuarse más hacia esta dimensión de la que los padres — hombre o mujer— son portadores o encarnaciones de estas figuras; encarnaciones también imaginarias, y que a veces no son idénticas a la situación que encarnan.

A la luz de lo expuesto anteriormente, la *parentalidad* referiría a una configuración constituida mayormente por tres integrantes: madre-padre-hijo o dos adultos y un niño. Remite a una configuración triangular y a una lógica diferente a la contemplada en las nociones de función materna y función paterna. *Parentalidad* alude a la actividad propia de los que ejercen como padres. En ese sentido, en la actualidad se puede diferenciar cada vez más con la función materna y función paterna propuesta desde el psicoanálisis, confundiendo con hacer parentalidad, es decir, padres más dedicados al cuidado de los hijos, preocupados más por satisfacer necesidades materiales que por necesidades afectivas, situación que se refleja en nuestra época actual, donde la sociedad cada vez más globalizada coexiste en un sistema neoliberal, consumista e individualista, ha hecho según Roudinesco (2003) que la familia autoritaria de otrora y la familia triunfal o melancólica de no hace mucho, fueran sucedidas por la familia mutilada de nuestros días, hecha de heridas íntimas, violencias silenciosas, recuerdos reprimidos.

Así también, según Roudinesco (2003) la palabra “*parentalidad*” (*parenthood*) de origen anglófono se generalizó a partir de 1970 para definir al padre/madre según su “calidad” de tal o su facultad de acceder a una función calificada de “*parental*”. Con la aparición de esta terminología

tan técnica, la configuración novelesca y mítica, que había alimentado el discurso de las humanidades clásicas sobre las relaciones entre los hombres y los dioses, los hombres y las mujeres, los sexos y los géneros, el destino y el sujeto, terminó por encallar en un universo funcionalista del que había desaparecido todo sentido de lo trágico. Esto trajo como consecuencia la inversión de la dominación masculina que históricamente había prevalecido durante muchos siglos con el patriarcado, a reconocer la equidad y el empoderamiento femenino, surgiendo un nuevo modo de conceptualización y de conformación de la familia.

En lo sucesivo, esto ya no se considerará únicamente como una estructura del parentesco que prolonga la autoridad disuelta del padre o sintetiza la naturaleza de la cultura, a través de las prohibiciones y funciones simbólicas, sino como un poder descentralizado y que adquiere numerosos rostros,

...en resumen, se procuró poner bajo control la trivialidad de la vida cotidiana mediante la promulgación de reglas idóneas para distinguir las buenas maneras de vivir la sexualidad en pareja o asesorar a los padres sobre la mejor forma de educar el deseo infantil, con la ayuda de una multitud de referencias a tal complejo o a tal frustración (Roudisnesco, 2003, Pág. 168-169).

En otras palabras, se esperaba de las ciencias humanas lo que se reclamaba de las ciencias de la naturaleza: una certeza provista de resultados, mediciones, cálculos, u observaciones que, desde luego no podían suministrarse en ningún caso, puesto que, en ese deseo de la ciencia de abarcar todo con el método científico, intentando siempre homogenizar y estandarizar al ser humano no solamente es el deseo de la ciencia; sino que es —primordialmente— una función de la cultura, al tratar de acomodarlo por ejemplo al diagnóstico y que encaje en tal o cual enfermedad por sus síntomas (DSM-V, CIE-10), idea que se contrapone con lo planteado por Freud, que más bien, trata al sujeto como algo único y singular, reconociendo las particularidades de su historia y su devenir como sujeto del inconsciente y de la cultura.

No hay duda de que los seres humanos cuando asumen la *paternidad* en casi todas las culturas, tienen que aprender de alguna manera cómo llegar a ser madres y padres, pues esto exige el cuidado y la interacción con sus hijos, comunicarse con ellos, ya que el cuidado y el tiempo para que el recién nacido logre su independencia son muy prolongados. Como se mencionó

antes, cuando se habla de *parentalidad*, se refiere a una *parentalidad* que tiene consecuencias psíquicas como función específica necesaria en el ser humano que lo hace diferente a otras especies animales, por lo que no corresponde totalmente o solamente a la *parentalidad* biológica. Se podría decir que es la capacidad de facilitar el crecimiento, en sentido amplio del término, de otro individuo (Tavazza, 2006).

Por lo tanto la familia es una de las instituciones desde donde se asume y se reconoce la *parentalidad*, es ese lugar que ofrece un espacio simbólico al nuevo miembro dentro de una comunidad, identificado como el mejor lugar para que el ser humano en la interacción con los miembros que la componen construya una subjetividad e identidad propia. En síntesis, una familia es una institución creada y reconocida por la comunidad humana, es un lugar donde un nuevo ser se aloja, un lugar ordenado por la cultura, un lugar simbólico que sirve como ordenadora y reguladora de las pulsiones y los deseos del sujeto.

Para Berenguer (2006), la familia puede considerarse como un artefacto que sirve para anudar elementos propios de la cultura que propicien el desarrollo del recién nacido. Anudamiento éste que tiene varios momentos de estabilización a lo largo de la vida de un sujeto. La familia como institución de la cultura es un dispositivo fundamental para ir operando transformaciones sobre este primer anudamiento original en lo simbólico, lo imaginario y lo real; de cuya producción es efecto el mismo sujeto.

Por lo que se observa la *parentalidad* es una acción necesaria, sin embargo a diferencia de lo que se considera como *parentalidad* desde las ciencias humanas, la *función materna* y *paterna* que propone el psicoanálisis se considera como el proceso que continua o va paralelo a la *parentalidad*, es decir, no sólo son necesarias sino imprescindibles para garantizar que un sujeto pueda emerger, exista, se oriente y en el mejor de los casos no se pierda en este mundo. Sin embargo dichas funciones existen en tanto hay alguien que se hace cargo de llevarlas a cabo y esto requiere no sólo de una presencia o un acto de voluntad; es decir, además de eso se hace presente en acto el deseo del otro, el deseo de la madre y del padre están presentes, y se ponen en juego en los mecanismos de la estructuración psíquica del nuevo ser. En los primeros años de la vida los requerimientos hacia esas figuras son más exigentes, más elevadas, más evidentes y por lo mismo han sido tratadas con estudios teóricos más profundos.

El genitor nunca es padre o madre automáticamente, también ha pasado y ha sido marcado por el otro y el Otro, también tiene una historia, por lo tanto también es un sujeto de la cultura, para el psicoanálisis de donde surge un sujeto del inconsciente marcado por la simbolización. Esto sucede para diferenciarla de cualquier otra familia biológica cuando está en relación con los cuidados básicos: la alimentación, la higiene, la protección del bienestar, el cuidado de la salud. Sin embargo, la familia humana se separa de la biológica en cuanto entran en juego mecanismos subyacentes al cuidado y la crianza de un ser recién nacido como el sentimiento de paternidad, la *parentalidad*, la *función materna* y *paterna*.

Freud se separa de esta perspectiva solamente parental como tal y para explicar este fenómeno de la *función paterna y materna*, propone y desarrolla entre otros conceptos teóricos el de la introducción del narcisismo. Freud al separarse de esta observación que se considera sólo biológica y legal como lo importante para el ejercicio parental, pasa a desarrollar el término *narcisismo* donde examina los síntomas hipocondríacos en la psicosis, la constitución del Ideal del yo y la vida amorosa de los individuos, como producto de la crianza del infante y de la dinámica de las relaciones familiares. En el narcisismo, el yo se presenta como un objeto de amor al mismo tiempo que se constituye como tal y da unidad a la imagen corporal, la elección homosexual reposa sobre la propia imagen y la heterosexual padece las peripecias de la elección del otro sexo. Según Tubert (2000), Freud indica que el narcisismo infantil no surge espontáneamente, sino que es un efecto del amor de los padres, que hacen revivir de este modo su propio narcisismo.

En consecuencia, observamos que la organización del sujeto psíquico comienza con el deseo de los otros, el narcisismo primario no se puede comprender en términos de un ser aislado; por lo que menciona Freud, es más bien, el lugar que ocupa el niño en el deseo de los padres, fundamentalmente de la madre o de quien lo cuida, ya que ahí es donde inicia la sexualización del cuerpo del ser humano, en un lugar que después devendrá prohibido.

Enfermedad, muerte, renuncia al goce y la restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. *His Majesty the Baby*, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños los irrealizados deseos de sus

padres...(...)...El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmudación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza (Freud, 1997, p. 88).

Esto es posible a través de lo que se considera como la *función materna*, que es un acto que consiste en ese primer referente que todo ser humano necesita para sostenerse en el momento de nacer y en los primeros años de vida. Dada su inmadurez biológica el infante requiere necesariamente para satisfacer sus necesidades de la presencia de un otro, que puede ser la madre o quien lo cuide, que consiste entre otras cosas en realizar los cuidados básicos, es decir la satisfacción de las necesidades primarias, alimentación, higiene, salud, entre otras.

Pero no sólo eso, sino que también la *función materna* consiste en ser una figura que esté disponible para el recién nacido, que lo invista, lo libidinice, lo haga objeto de su amor; que ponga sobre ese recién nacido, deseos, pensamientos, intenciones que pautaran la vinculación de ambos, estableciendo un lazo afectivo a través de actos como puede ser el contacto cuerpo a cuerpo, el modo de alimentarlo, de hablarle, de cantarle, de sostenerlo, de acudir a su llamado, con las miradas, las sonrisas, entre otras muchas cosas más que se dan mutuamente, en resumen, a la intensidad de esa primera seducción inevitable, la ejercida por la madre o quien lo ha cuidado de donde surgirá un cuerpo erogenizado. En ese sentido la *función materna* determina la historia que traerá como resultado la de un cuerpo erógeno investido de sexualidad, originado en el contacto y en el filo transgresivo con el cuerpo de la madre.

Sin embargo, dado que el ser humano está en un mundo en el cual existe algo más, el símbolo que se incorpora a través del lenguaje; en otras palabras, introduce un logos en lo real del cuerpo del sujeto, nombrando o abriendo un agujero ahí donde no había nada, las cosas no son tan sencillas como aparentan ser. Dado que este otro materno no sólo le prodiga de estos cuidados, sino que por otro lado le transmite su deseo, un deseo particularizado, lugar en que es depositada esa necesidad que el otro interpreta simbólicamente con su acto, dejando las marcas del lenguaje para poder devenir ser humano.

El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, por

ejemplo el berreo, un individuo experimentado advierte el estado del niño. (Freud, 1895, pág. 362).

Estas primeras experiencias de satisfacción será lo que Freud nombrará como mociones o huellas mnémicas, huellas indelebles que dejan una marca, un sendero, un primer trazo original y arcaico, donde alguien pasó por allí dejando una impresión con su sello particular. Estas son las inscripciones psíquicas que subsisten en la memoria y en su historia de manera inconsciente, que de algún modo dejó quien o quienes han cuidado al infante, inscripciones o marcas puestas en todo el cuerpo que lo erogenizaron y lo envolvieron, dejando así una estructura psíquica constituida que marcará el futuro del sujeto.

Para explicar la *función materna* que se da desde el nacimiento y la *función paterna* durante el desarrollo del sujeto, es necesario hablar de otro momento que se considera fundamental, el Complejo de Edipo. Surge en el trabajo clínico de Freud, como una explicación que está en el centro de la vida anímica del sujeto, es decir, del cúmulo de experiencias, relacionándolo directamente con la sexualidad infantil, el incesto y los síntomas neuróticos. En ese sentido no se trata sólo de un conjunto de sentimientos hacia las figuras paternas, sino que tiene una función estructurante en la constitución del sujeto, que habrá de producir efectos importantes. El infante antes de su nacimiento, se encuentra atrapado en un discurso que lo condiciona subjetivamente; esto en tanto objeto del deseo de los padres; donde a menudo el hijo se convierte en el portavoz de sus angustias y haciendo presente las consecuencias de sus conflictos, que tienen que ver con sus propias historias de vida.

Según mis experiencias, y ya son muchas, los padres desempeñan el papel principal en la vida anímica infantil de todos los que después serán psiconeuróticos; y el enamoramiento hacia uno de los miembros de la pareja parental y el odio hacia el otro forman parte del material de mociones psíquicas configurado en esa época como patrimonio inalterable de enorme importancia para la sintomatología de la neurosis posterior (Freud., 1997, p. 269).

Freud presenta el Complejo de Edipo, como un conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta con respecto a sus padres. Aunque esta concepción freudiana fue cambiando puesto que en un inicio fue una articulación muy sencilla, es decir, la ligazón

cariñosa del niño varón hacia la madre y hostilidad hacia el padre; de igual manera la ligazón amorosa de la niña hacia el padre y hostilidad hacia la madre, no debemos quedarnos sólo con esa idea que se ha considerado una versión muy superficial, ya que precisamente Freud lo llamó Complejo de Edipo, por las implicaciones en las que vive el niño con su deseo ambivalente en una especie de encrucijada, con representaciones amorosas y de hostilidad; y vivir inmerso y atrapado (enajenado) en la prohibición y en la repetición de la transgresión producto de la erogización del deseo de los padres.

Quizás a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre, nuestros sueños nos convencen de ello. El rey Edipo que dio muerte a su padre Layo y desposó a su madre Yocasta, no es sino el cumplimiento de deseo de nuestra infancia. (Freud, 1997, p. 271).

Por lo mismo el Complejo de Edipo no debe reducirse a un hecho empírico solamente, a la influencia que ejerce en el niño las figuras paternas aunque, indudablemente, un papel importante le corresponde al deseo inconsciente de cada uno de los padres con respecto a ese hijo y a la relación que los padres mantienen entre sí. El Complejo de Edipo se relaciona directamente con la función del padre, para Massota (1991) es ese lugar donde se historiza, en la temprana infancia, una función precisa: la necesidad de un “corte” entre madre e hijo.

Es desde ese sentido que para Freud y para Lacan, uno de los momentos más importantes del Complejo de Edipo tiene que ver con una prohibición, la prohibición del incesto, constitutiva de toda sociedad humana. En ese sentido el Edipo tiene una función normativa, no sólo en la estructura moral del sujeto, sino también en la asunción de su sexo. Puesto que la relación del niño con la madre podría prolongarse imaginariamente en una relación donde el uno no sería más que la prolongación o el completamiento del otro, fundido o confundido, constituyendo imaginariamente *uno* con él.

Lacan muestra la importancia de la *función materna*, pero si eso quedara sólo en eso produciría estragos, es decir, un exceso de amor materno que borraría las diferencias y las posibilidades de subjetivación, para ello se necesita la presencia de otro que haga función paterna, tal como lo menciona en esta analogía,

El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe que mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Esto es el deseo de la madre. Entonces, traté de explicar que había algo tranquilizador. Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo. Es el palo que te protege, si de repente, eso se cierra. (Lacan, 1992, pág.118).

Este palo al que se refiere Lacan en esta analogía es la función paterna, aquí es donde adquiere importancia la presencia del padre que con su función separa al niño de la madre, cortando simbólicamente esa completud imaginaria, castrando ese deseo, con este acto prohíbe la fusión-confusión original, imaginaria. En ese sentido el padre hace un trío, el niño ya no es sólo de la madre, es el hijo de una pareja, el hijo de un hombre y de una mujer. Por lo que la *función paterna* viene a ser lo que frenará ese deseo materno, que a la vez que se muestra tan tierno, puede ser al mismo tiempo tan bestial y avasallante para el niño, este corte tendrá efectos y sus secuelas al perder el primer objeto de amor primordial.

Para que el padre pueda ser incluido en esa diada inicial es necesario que la madre renuncie y acepte perder al niño, debe renunciar como cuando alguien pierde algo que nunca fue de su propiedad. Es la función paterna ejercida como tal la que permite este despliegue, como una especie de envoltura del amor materno que ubica a la madre en su lugar de madre, de ubicación fálica; pero además en el lugar de la mujer, de objeto de deseo.

Paralelo a esta función de separación el padre adopta al niño en su seno, lo reconoce ante la sociedad y ante la cultura como suyo, lo acepta para que prolongue su nombre ante los otros. Para This (1982), la paternidad y en consecuencia la *función paterna*, se refiere en un primer momento al nombramiento, al dar su nombre, el de sus antepasados paternos, el hombre que “declara” al niño se reconoce *co-responsable* de él, ante la ley y los hombres. Corresponsable significa que es responsable, con su mujer, de este niño; se compromete a educarlo, es decir, a ayudarlo a convertirse, hombre o mujer, en un ser de *Palabra*, responsable y capaz a su vez de responder dando su palabra. Lo importante es que se lo declare, que se lo nombre. La

declaración de nacimiento en ese sentido se vuelve obligatoria: un individuo sin nombre, que no fuera insertado en la cadena del nombramiento, jurídicamente no existiría.

Para Laurent (1999) en su texto *La familia moderna* apunta que una familia, entendida en términos psicoanalíticos, sólo puede ser digna y respetable mientras otorgue un lugar particular al nuevo ser que le permita construir su subjetividad por medio de la excepción. Porque el sujeto es en tanto lo caracteriza un rasgo excepcional y con su singularidad viene a inscribirse y a ocupar ese lugar desde donde hablará por sí mismo como un sujeto del lenguaje, que no es otra cosa que su síntoma, su modo particular de goce.

Es en la preexistencia de un universo *simbólico* donde es alojado el ser humano, un universo predominado por el lenguaje en el cual ha de inscribirse e insertarse en él, para devenir como un sujeto de la cultura y de una estructura social. Como se ha mencionado antes, dada su inmadurez biológica, el recién nacido se encuentra atrapado en un discurso que le marca como objeto del deseo de los padres, tal como ocurre con el recién nacido cuando la madre responde a su llamado; por ejemplo, cuando acude con su presencia al grito de llanto del niño, eso lo puede interpretar como la necesidad de alimento que ella podrá satisfacer. Cuando la madre responde, eso produce un cambio, este grito adquiere un sentido, se ha convertido en demanda. La presencia-ausencia de la madre representa su amor, el de la madre, al cual el niño responde con el privilegio de ser alimentado.

Sin duda y como señala Lacan, el niño advierte ya desde muy temprana edad su captura en el discurso que le rodea, en el lenguaje que le precede, independientemente de que pueda comprender algo de dicho discurso. La presencia-ausencia del otro implica por sí misma esta tensión agresiva, esta transmisión de significados, está desde siempre y está dada por el otro, en este caso primeramente la madre al hacer *función materna* atrapada también por el lenguaje, de ahí la relevancia de la preexistencia de lo simbólico.

Estos son los juegos de ocultación que Freud, en una intuición genial, presentó a nuestra mirada para que reconociésemos en ellos que el momento en que el deseo se humaniza es también el momento en que el niño nace al lenguaje. Podemos ahora ver que el sujeto no sólo domina con ello su privación, asumiéndola, sino que eleva su demanda a la

segunda potencia. Por su acción destruye el objeto que hizo aparecer y desaparecer en la provocación anticipante de su ausencia y de su presencia. (Lacan, 1961, p. 306).

Por ello se habla en psicoanálisis no sólo del padre en cuanto procreador o guardián de los requerimientos vitales del niño, sino de una posición que se vincula a un nombre: El nombre del padre. Es en esa dialéctica discursiva donde se inscribe el nombre del padre quien realiza la operación sustitutiva del significante paterno, por el Deseo de la madre, en la Metáfora Paterna, con lo cual el niño puede reconocer o simbolizar el lugar en donde la ley se ejerce para que el deseo de la madre quede reprimido. La Metáfora Paterna será entonces lo que permita que el niño no quede capturado en ese Deseo de la madre, que Lacan dirá que el niño vive como experiencia de “devoración”, será el nombre del padre lo que permitirá la existencia del sujeto, no en cuanto a su lugar de sujeto en el mundo, sino de su existencia en cuanto a sujeto.

Dicho de otra manera, es cuando se introduce una función lógica que permite un corte en relación al deseo de la madre, una castración simbólica (al deseo de la madre: prohibición a ella y al hijo) posibilitando que el niño entre al campo del lenguaje, de la ley y en la medida en la que se instaure el significante Falo como falta, organice la estructura del sujeto. Esta función lógica es la Metáfora Paterna en tanto que sustituye el deseo de la madre por el significante del nombre del padre lo que permite el surgimiento de un sujeto barrado, escindido en falta. Para Morales (2008) es la Metáfora Paterna la que instaure el Falo en tanto que significante: en tanto significante de la falta. Esta operación sustitutiva fungirá como origen lógico del funcionamiento del inconsciente.

Esto es lo que para Freud, después se convertirá en el Superyó del sujeto, por un lado una parte que contiene las identificaciones con el padre de la historia personal o al ideal del yo, y por otro lado a una instancia crítica y punitiva por eso el Edipo es una trama que organizará el desarrollo psíquico, es una estructura conformado por contenidos heredados y vivencias propias del infante, donde queda insertado y supeditado a los imperativos e injerencias de la ley tal como lo afirma:

Los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana serán universales y duraderos. Esto nos reconduce a la génesis del ideal del yo, pues

tras este se esconde la identificación primera y de mayor valencia, del individuo: la identificación con el padre de la historia personal (Freud, 1997, p. 33)

Para This (1982) , ser progenitor (*parent*), en ese sentido es saber tomar parte, compartir juntos, separarse sin abandonar, cumplir su papel en la partición de la vida, en el centro de un parto que reparte a los diferentes *partenaires* un mismo riesgo de muerte, pues la vida se arriesga desde el comienzo. La *función paterna* y *materna* concentra en sí relaciones imaginarias y reales, sin embargo lo que viene a estructurar al ser humano como tal es lo simbólico a través del lenguaje. Solo la función simbólica permite al niño no pertenecer exclusivamente al uno o al otro. Por lo tanto hablar del padre y de su función principal, implica pensar en su aparición en la vida psíquica del niño, porque permite la aparición del Edipo, es decir, no sólo la prohibición está en juego, sino además su presencia inicia la marcha (en tanto movimiento) del Edipo.

Es Philippe Julien (1993), quien habla de la decadencia del padre como algo muy distante a la *función paterna*. Es decir, el padre dentro del discurso social ha sido alguien que, “instaura el nombre propio, un linaje de tipo clasificatorio antes que ser físico o de consanguinidad” (Julien, 1993. Pp. 18). Por lo tanto cuando habla de la decadencia del padre habla de las posturas ideológicas y sociales sobre el derecho al hijo ya que la familia ha tenido cambios importantes como se dijo anteriormente. Dentro de estos momentos de decadencia del padre para Julien (1993) están un primer momento: *el derecho sobre el hijo*, cuyo origen se sitúa en la sociedad romana, donde el hijo no era tal en tanto que el padre no lo reconocía. El *páter familia* permitía la gestación (no biológica) de un nuevo nacimiento, un acto simbólico voluntario que lo introducía a la sociedad romana. En un segundo momento: *está el derecho del hijo*, que es una forma de ser padre surgida en el siglo XIX a partir de ideologías burguesas, donde la paternidad implicaba velar por los derechos en tanto bienestar y centrado en la protección del hijo, es un lazo, el de la paternidad muy endeble y subordinado a las instituciones, los roles del padre con compartidos por maestros, pediatras, es decir es una paternidad ocupacional, una sumisión de roles por lo tanto intercambiable. Un tercer momento es: *el derecho al hijo*, desde el discurso social el padre ya no es sostenible desde la voluntad del propio *páter*, donde la ciencia ha permitido el nacimiento de un niño sin un acto sexual y por lo mismo la madre puede prescindir del padre, permitiendo una paternidad basada en la ciencia.

Entonces el padre en psicoanálisis no queda circunscrito a un padre que cambia pañales, que juega con el niño, que le da su apellido; es un padre cuya función está ligada a una diversidad de nociones que están relacionadas entre sí dependiendo una de otra y en donde sus manifestaciones tienen implicaciones clínicas entre la madre el niño y el padre. Para Julien (1993), se trata de que la madre instaure “en el hijo ese lugar en posición tercera ente ella y el hijo...ese lugar de inscripción...que Freud llama el inconsciente y Lacan el gran Otro, es decir, el orden simbólico donde el padre tiene o no su lugar” (pp. 37). Este lugar significa un espacio en la cadena significativa que ordena las posiciones entre la madre y el hijo en un sitio más allá del deseo que envuelve en un primer momento al vínculo de la madre y el hijo.

Es por ello que cuando los padres llegan a la consulta argumentando su incapacidad para enfrentar lo que consideran es su responsabilidad, su función, con mucha culpa por no ser buenos padres, por no cumplir con lo que se espera de ellos, entre otras quejas más, hace importante el trabajo con los padres en la clínica, porque el propósito de una intervención, sería entonces, el poder en un determinado momento volverlos a esta función; el tratamiento en este sentido estaría llegando a su fin en el momento en que los padres pueden volver a tomar la cuestión de la constitución del Otro sin el terapeuta. Para Rodolfo (2014), aquí no se puede dejar a los padres de lado; es tan importante trabajar con el niño como con ellos y apostar a algún efecto analítico en el discurso familiar donde a veces ciertas demandas de los padres están relacionadas con el deseo de vigilar, interferir, irrumpir en algo de su hijo que es privado.

El síntoma en el niño no es solamente un llamado a la interpretación, el síntoma no busca ser interpretado o explicado de manera lógica como una secuencia de posibles causas y sus efectos, un síntoma busca una estabilización, es un llamado repetitivo, también es un padecimiento, un malestar, es un goce; pero no es un llamado a la intervención de alguien solamente sino que el síntoma tiene un sentido que deriva de la historia del paciente Se trata de buscar el sentido de lo que el síntoma significa o tiene enmascarado, de intentar escuchar que hay detrás del sujeto que habla, para llegado el momento el sujeto descubra su verdad.

Mannoni y Dolto (1990) afirman que el niño o el adolescente se convierten en portavoces de sus padres. De este modo los síntomas de impotencia que el niño manifiesta constituyen un

reflejo de sus propias angustias y procesos de reacción frente a la angustia de sus padres. En ese sentido, el niño también soporta el peso de las tensiones e interferencias de la dinámica familiar, cuyo efecto es mayor cuando el secreto y el silencio se guarda, creando con ello síntomas que encarnan y hacen presentes las consecuencias de un conflicto conyugal o familiar. Por lo que el medio parental sano de un niño se basa en que nunca haya dependencia preponderante del adulto respecto de un niño, esto quiere decir, que estos adultos (padres) deben haber asumido su opción sexual genital en el amplio sentido del término, emocional, afectivo y cultural, independientemente de este niño.

El síntoma es algo de la verdad parental que se relaciona con lo que el niño trae a la consulta como queja o demanda; es una respuesta a lo sintomático de la estructura familiar, esto debido a que el niño está "preso" de su posición de dependencia frente al adulto; es decir, está enajenado en esa relación con el otro. El hijo en el síntoma habla lo acallado en los padres. También el síntoma se constituye en una suerte de llamado a la falta. Si el sujeto se constituye como una respuesta a lo ofertado por el campo del Otro, entonces no es difícil entender que sus síntomas hacen parte de esta respuesta.

Al estar los niños todavía inmersos en la situación creadora de la tensión neurótica, en la relación primaria con los padres, está aún en juego la relación de transferencia propiamente dicha. En consecuencia, dado que los niños todavía están en relación con los objetos de su vínculo inaugural el tratamiento debe centrarse y actuar enteramente en el plano actual. Los padres con su discurso vienen a testimoniar su propia novela familiar como padres en relación con el niño, como fue separado del objeto primordial y que ha significado esa pérdida para el sujeto.

Ahora bien, si tomamos el síntoma del niño como ese punto de sordera donde los padres ya no entienden y no saben qué hacer, entonces se puede repensar la situación como alguien que viene a restituir eso que no ha sido escuchado por el otro, por lo que permite, que las angustias y los pedidos de ayuda de los padres sean reemplazados por el problema personal y específico del deseo más profundo del sujeto que habla.

Aberastury (1948), ubica en un lugar diferente a los padres, durante del tratamiento, según sus planteamientos se debe iniciar clarificando qué, el terapeuta del niño, se hace cargo del síntoma

con lo cual los padres se alivian de la culpa y angustia frente al problema del hijo. En su técnica, consideraba la primera hora de juego fundamental, pues aquí se conocía la actitud del niño frente a la cura, además utilizó una caja de juego individual para cada niño, al que sólo tenían acceso el analista y él.

De qué síntomas se trate o de qué manera se estructure esto, dependerá del lugar que ocupe el niño en la economía libidinal y el deseo de los padres, por lo que antes de intentar erradicarlo, se debe saber a qué responde ese síntoma, qué intenta con ese síntoma, puesto que puede ser una forma de remediar algo del malestar que le resulta insoportable. Entonces siempre vale la pena preguntarse ¿el niño tiene un síntoma o él es el síntoma?

Por eso mismo, desde el psicoanálisis todo parte de la conformación familiar, donde para Roudinesco (2003), la familia es el único valor seguro al cual nadie puede ni quiere renunciar, se muestra ante el sujeto como la única capaz de asumir ese síntoma o conflicto, con la condición de que sepa mantener como un principio fundamental el equilibrio entre lo uno y lo otro y lo múltiple que todo sujeto necesita para construir su identidad.

Es en este contexto familiar donde surgen las diferentes manifestaciones de violencia en los niños, que muestran las diversas modalidades de afrontamiento de los padres durante el crecimiento. Algunos estudios muestran esto como un síntoma de la vida diaria, donde toman importancia derivado de lo que se puede manifestar después en el futuro.

Según un estudio de Slapak, Cervone y Luzzi (2009), en la atención clínica con niños han registrado resultados de diferencias de género y edad en las manifestaciones de violencia. En los varones predomina la destructividad, asociada además con otras formas de violencia (desafío a la autoridad, vagabundeo, robo y fugas). En las niñas hay predominancia de robo y mentiras, asociado mayoritariamente con fugas. En los varones aparecen más tempranamente las manifestaciones de violencia, revistiendo mayor gravedad tanto por su intensidad como por su manifestación simultánea en distintos ámbitos (escuela, hogar, barrio). Así mismo encontraron que las manifestaciones de violencia tienen una fuerte asociación con situaciones de pérdida, predominando la separación de los padres y el abandono por parte de uno o de ambos, situaciones siempre acompañadas de episodios de violencia entre los padres y hacia los niños.

Según Maganto Mateo y Garaigordobil Landazábal (2009), se han realizado estudios desde la perspectiva psicoanalítica con test gráficos que van desde el dibujo libre hasta el de la figura humana como el de K. Machover (1953), el de Goodenough (1951,1953, 1980) donde observaron que un dibujo rico en detalles era propio de niños y que podía servir como un instrumento para proyectar sentimientos o cualidades que están en el propio sujeto, provenientes de las relaciones con las figuras significativas de la vida. Así mismo encontraron que algunos autores que trabajan con niños afectados de problemas emocionales y conductuales han identificado ítems específicos en sujetos con problemas de conducta perturbadora, con problemas emocionales graves y con dificultades en la relación social; y en esa misma línea niños víctimas de maltrato y abuso.

Para Toldos (2002), los niños que están continuamente expuestos a situaciones de violencia en su propia familia probablemente aprenderán a conceptualizar el mundo como un lugar inseguro y hostil, y aprenden que la única vía para hacer frente a la victimización es justificando y recurriendo a la violencia. La legitimación de la violencia en la infancia, desde el contexto familiar, se produce, por ejemplo, cuando en presencia de conflicto entre iguales y agresión entre niños, los padres responden con poca objetividad, evaluando la situación de tal manera que muestren favorabilidad ante sus propios hijos o bien utilizando métodos autoritarios que no promueven la reflexión.

Con el planteamiento anterior para este trabajo de investigación se parte fundamentalmente de dos aspectos que quisiéramos subrayar. El primero es una revisión de la postura psicoanalítica propuesta por Freud y Lacan sobre la infancia por lo que se parte de una extensa revisión bibliográfica y clínica tanto del origen y conformación del sujeto como de las diferentes concepciones de los problemas de casos revisados teniendo como referentes los postulados freudianos y lacanianos para fundamentar el origen etiológico de las diferentes representaciones sintomáticas que se presentan durante la consulta, con el fin de plantearse interrogantes como: ¿Estas expresiones de violencia es una forma de manifestar la dinámica familiar a través de estos síntomas?; ¿cuál es la ligazón con las diferentes modalidades de crianza o parentalidad?

El segundo aspecto son los casos de niños que son llevados por sus padres para ser atendidos en la Clínica de Atención Psicológica (CAP) de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, presentando síntomas recurrentes de violencia que alarma y desequilibra la estabilidad familiar, lo que propicia una intervención posible, que permita en consecuencia enlazar los conceptos teóricos y formular una explicación de la problemática existente y al mismo tiempo formas de intervención. Por lo anterior se revisan diferentes miradas clínicas y teóricas desde el psicoanálisis para explicar las manifestaciones de la violencia como síntoma en el niño, que nos acerquen a una posible explicación de este fenómeno.

Esto llevó a plantear diferentes interrogantes que guiaron el proceso de la investigación. ¿Cuáles son los efectos discursivos de los síntomas de violencia de los niños que lleva a los padres a pedir consulta en la Clínica de Atención Psicológica de la UNICACH? ¿Los síntomas de los niños representan una “llamada” de atención a los padres sobre una particular forma de ser padres que pone en entredicho su parentalidad o su función paterna? ¿Qué significado adquieren los síntomas de violencia que manifiestan los niños en el deseo de los padres?

JUSTIFICACIÓN

El estudio de la infancia actualmente se ha considerado prioritario en tanto que es el tiempo fundante de la estructuración subjetiva y social en el ser humano. Desde múltiples planos, biológico, psicológico y social, el momento de la infancia es fundamental en la determinación psíquica actual y futura del sujeto. Algunas problemáticas que tienen su origen en la infancia dejan una marca permanente y son de muy difícil o nula resolución en el futuro. De ahí que este trabajo se centra en el niño y su padecimiento psíquico planteado desde la dimensión inconsciente propuesta por Freud, abarcando el discurso del niño y del contexto familiar y social.

La asistencia de padres a la CAP de la FCHyS de la UNICACH llevando a sus niños a consulta, demandando atención por diferentes síntomas, generalmente señalados, calificados o diagnosticados por el sistema escolar, la familia o alguien cercano al círculo familiar; llevan a pensar y a preguntarse sobre las diferentes modalidades y condiciones de la crianza en la infancia actual, ¿cuáles son sus efectos psíquicos y qué resulta de ese proceso en el niño y en la familia? ¿Qué circunstancias pueden llevar a un infante a manifestar síntomas que expresan un “malestar” que irrumpe en el círculo familiar, donde sus integrantes a veces no “saben” o no quieren “saber” que es constitutiva y son corresponsables de ese problema?

Es importante resaltar que el niño se encuentra en un momento de dependencia al campo del Otro, es decir, depende ahora de la familia, de la cultura, de su contexto social y de quienes son sus actores. Ese momento de alienación inicial con el otro necesaria en el sujeto, para una posible separación posterior dejará sus marcas; esto quiere decir, que aunque el trabajo se realiza con los niños, son importantes las entrevistas con los padres, sobre todo si se tiene en cuenta la propuesta Lacaniana de que el síntoma en el niño es la respuesta a lo sintomático de la estructura familiar; en este sentido, entonces el síntoma tendría el valor de verdad, “...no olvidemos que el síntoma es ese **falsus** que es la **causa** de la que el análisis se sostiene en el proceso de verificación que constituye su ser” (Lacan, 1977. Pág. 43).

En el tratamiento con niños, cuando se trabaja desde la perspectiva psicoanalítica, se presenta el problema desde múltiples facetas, sobre todo porque en el infante los procesos lógicos y no

solamente cronológicos que fundan la estructura subjetiva aún están "en juego". En este complejo campo de trabajo se convierten en relevantes las apuestas del psicoanálisis propuestas por Freud y Lacan sobre: el lenguaje y sus efectos en la constitución del sujeto; el Otro como lugar del código (su significación); los efectos y sus consecuencias; el Complejo de Edipo y la castración como nodos de la subjetividad, entre otros. Son todos ellos aspectos que están implicados para tomar en cuenta en el trabajo con un infante que es llevado a consulta por presentar síntomas que podrían tornarse como "aquello que no va", como las constantes quejas o conflictivas que se pueden presentar que más comúnmente se encuentran actualmente en la infancia como los síntomas de la hiperactividad, las manifestaciones de agresividad o violencia y problemas de aprendizaje, entre otros más.

En este trabajo se entenderá como comportamiento sintomático de "violencia" la ejercida por niños a situaciones ocurridas en el contexto del hogar, el barrio y/o escuela, que implique actos destructivos hacia objetos, agresiones verbales y físicas hacia personas (adultos u otros niños) constante oposición a normas (sean estas familiares u escolares) robos, fugas del hogar, mentiras, gritos, llanto explosivo, gesticulaciones o expresiones faciales desmesuradas de frustración. Es en ese sentido como se escuchará la demanda de los padres sobre la problemática del niño; cómo ha ido desplegándose ese síntoma a lo largo del tiempo; si lo ubican en un acontecimiento importante de la historia familiar; en general, todo lo que se pueda saber sobre el contexto familiar.

Por consiguiente, para disponerse a trabajar con niños, como se ha dicho antes, deben ser considerados sujetos de palabra, con pleno derecho de responder por sus actos, por lo mismo deben ser escuchados en las mismas condiciones que un adulto, por lo tanto se les debe dar su propio espacio y tiempo para poder expresar su malestar, su posible sufrimiento ante la demanda de un comportamiento externo que a veces es etiquetado o —en el peor de los casos— diagnosticado como rebelde o inadaptado.

OBJETIVOS

General

Analizar los efectos discursivos de la parentalidad, la función paterna y materna; sus significaciones en la estructura y en la dinámica familiar.

Específico

Describir las significaciones de las manifestaciones del síntoma de violencia en niños que acuden a la CAP de la FCHyS de la UNICACH con esa demanda, referidos por las figuras parentales.

CAPÍTULO I

METODOLOGÍA

I.1 ENFOQUE Y MÉTODO

La presente investigación ha sido desarrollada y formulada desde una perspectiva psicoanalítica; desde la teoría, la clínica y el método del psicoanálisis propuesto por Sigmund Freud y en consecuencia desde un enfoque cualitativo. Freud propone el psicoanálisis como un particular procedimiento de investigación, así como una clínica para el tratamiento de malestares psíquicos y una teoría conceptual que trata de explicar estos malestares

Al hacer un complejo tan intrincado de supuestos que él mismo fue sometiendo a verificación y que posteriormente muchos otros psicoanalistas han revisado y aportado, el psicoanálisis se convierte en un vasto marco de conceptos que implican una postura distinta en el campo del quehacer científico, nombrado por Freud como sigue:

Psicoanálisis es el nombre: 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica (Freud, 1997, p. 231).

Humberto Eco (2001), en su libro *Cómo se hace una tesis*, propone que la investigación científica versa sobre un objeto que reconocible y definido; no tiene por qué ser tangible sino responder a ciertas condiciones y reglas establecidas que permitan reconocerlo como tal. En este sentido resaltar que el psicoanálisis desplegó todo un trabajo consistente y sistemático, cuyo principal afán de Freud fue, que su descubrimiento pudiera ser reconocido por otros, es por ello que se dio a la tarea de describir su método, sus historiales clínicos, e incluso sus experiencias propias,

fruto de contingencias considerados metafóricamente como viajes de entradas y salidas, hasta incluir sus propios sueños y síntomas.

Resaltar en ese sentido según Pasternac (1986), en *Psicología, Ideología y Ciencia* lo que caracteriza al caso clínico, en una primera aproximación es el estudio en profundidad y en extensión de un caso, donde la clínica se caracteriza entonces por el estudio de un caso profundizando en todas sus particularidades y por centrar la investigación sobre comportamientos relatados por el sujeto (su historia), con el discurso y el relato como una forma de experiencia singular, producto de la escucha del investigador (psicólogo clínico o psicoterapeuta) y su correspondiente articulación teórica y clínica.

En el campo de la investigación, “método” evoca entonces la ruta a seguir. No se trata del camino más corto, el más largo, el más tortuoso o el más fácil, sino el que garantice una mayor precisión que debe ser el principio más adecuado y válido para alcanzar el objetivo propuesto en la aventura investigativa, “el psicoanalista, lo mismo que el arqueólogo en sus excavaciones, debe descubrir cada una de las capas de la psique del paciente para llegar a los tesoros más profundos y valiosos” (Gay, 1990, Pág. 205). Por lo mismo el método no es un camino donde se transite con comodidad, sino es un camino donde se requiere el trabajo arduo, en el que no hay certezas más bien hay muchas dudas en vez de respuestas claras, que servirán para las revisiones, discusiones y para producir algo inacabado que siga la huella de la investigación que inició con Freud.

El método en este trabajo es la interpretación hermenéutica, es decir, este trabajo se da en el campo de la palabra, dentro del cual “se revela —como dice Lacan— otro lenguaje, que está disociado del lenguaje común y que pide ser descifrado a través de sus efectos de sentido (Ricoer, 1969/2008, p. 174) Para este mismo autor, el trabajo de análisis tiene el siguiente recorrido: parte de “migajas de historias vividas, sueños, escenas primarias, episodios conflictuales” (1985/1995, p. 144) De ahí se desprende que en una investigación donde la postura teórica y metodológica que se rige por el psicoanálisis, hay que mantener esa dialéctica entre la vertiente de lo acumulado, —el estado de la cuestión y la de lo nuevo— y el producto del desarrollo del trabajo. Por lo que, el trabajo que se llevó a cabo no es del campo de la especulación, partió de una experiencia; fruto que ha sido recogido del campo clínico y teórico,

de una dialéctica que Freud descubrió en la etapa pre psicoanalítica que era ir de la clínica a la teoría y viceversa.

El enfoque cualitativo permite de otra manera algo que no se puede lograr con otros abordajes, se trata de encontrar algo sin saber en específico qué, se trata de encontrar sin buscar. Es algo que está fuera del pre-juicio, de una idea anticipada; de ahí que siempre espera dejarse sorprender por aquello que irá emergiendo, lo que permite ir escuchando “lo emergente”; aquello que surge como malestar del sujeto.

De esta concepción del psicoanálisis se parte al considerar al infante como sujeto del inconsciente, es decir un sujeto del lenguaje que puede comunicarse, que puede significar sus actos, deseos, sueños, miedos, en pocas palabras hablar sobre sí mismo. El infante es alguien al que se le puede escuchar y tratar igual que al adulto, al que no se le puede restar la dignidad de hablar de él mismo, de sus padres, de sus hermanos, de los otros con quienes convive.

El trabajo con niños siempre ha sido una inquietud constante a través de la historia del psicoanálisis, desde el mismo Freud, quien puso mucho énfasis en la infancia, pasando por su hija Ana Freud, quien despliega todo un trabajo con respecto a la infancia y la educación, hasta analistas más contemporáneos, como Melanie Klein, J. Lacan, Maud Mannoni, Françoise Dolto, Rosine Lefort, entre otros, quienes tanto en su teoría, como en su clínica han realizado valiosos aportes.

Tal como afirma Miller (2006), cuando habla del -estado de la cuestión- ya que este no surge sino a partir de lo que uno mismo, u otro, ha dicho antes y de su confrontación con lo imposible de decir, por tanto no se conforma con un *todo saber* que se regocija enseñando lo acumulado sino como “*un vacío de saber*”, que permite siempre volver a empezar.

El aporte que ha hecho el psicoanálisis a la historia de la infancia ha sido el reconocimiento del estudio de los problemas de la infancia en su complejidad, y aun en su imposibilidad. Freud con su particular forma de investigación clínica, que hace del obstáculo un instrumento y un desafío, ha hecho que avance ya sea resolviendo o dejando abierto los interrogantes que se plantean, derivado del cambio que la misma sociedad va experimentando al que se van

agregando nuevas manifestaciones sintomáticas, que trata de ubicarlos en tanto tales en la teoría en una dialéctica con la clínica.

Esto no ha cambiado mucho aunque han pasado más de cien años de historia del psicoanálisis desde cuando Freud puso en el centro de la discusión a la infancia, donde afirmó de manera convincente que ahí surge la etiología de la neurosis del sujeto, poniendo en el centro la sexualidad infantil, por ejemplo.

Para Miller (2005), es en la medida que se adopta una postura de no saber, mantener vivo un elemento de duda metódica y un semblante de ignorancia que es posible constituir un *sujeto-supuesto-saber cómo interlocutor*". La posición del investigador desde el psicoanálisis en la clínica no se establece a partir de un saber constituido sino siempre por constituirse y es a este respecto que se anuda el valor operativo de la ignorancia. Debe entenderse por ignorancia el hecho de no saber de antemano que le conviene al paciente, y tampoco pretender que se trata de comprender de inmediato lo que quiere decir cuando habla. Este lugar de ignorancia, sería el soporte de un querer saber, de querer escuchar más que hablar, de una disposición a entregarse a una indagación que lleve a dudar, que lleve a deshacerse de las ideas preconcebidas, lo que da lugar a suponerle un saber al otro, lo que permitirá situarse más en el lugar de preguntarse, que en el de repetir y dar respuestas.

Cuando Freud (1932), se refiere a un método para la investigación, está hablando de una forma muy particular de llevar a cabo un proceso de investigación sobre su gran descubrimiento: Lo Inconsciente. En este sentido, lo inconsciente se trata del objeto de estudio, "Freud es quien nos descubre la incidencia de un saber tal que sustrayéndose a la conciencia, no se denota menos por estar estructurado, digo yo, como un lenguaje" (Lacan, 1977. Pág. 37-38). Esto rompe con todas las propuestas que parten de la postura de que la verdad del sujeto está en la conciencia y la voluntad de quien la dice, en razón de esto Freud afirma haber realizado una herida narcisista a la humanidad. Para Roudinesco (2000), es justamente porque puso la subjetividad en el corazón de su dispositivo que Freud llegó a conceptualizar una determinación (inconsciente) que obliga al sujeto a no mirarse más como el amo del mundo, sino como una conciencia de sí exterior a la espiral de las causalidades mecánicas.

Dado que el objeto puesto en juego en la investigación psicoanalítica es el sujeto que habla, hay que buscar la precisión en el lenguaje y ordenar el campo de los fenómenos a partir de una premisa, por ejemplo, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, como un sujeto del inconsciente, que a pesar de presentarse como un sujeto “que no sabe” que le pasa, no por ello es menos responsable de lo que vive, siente, piensa y hace, tal como lo plantea Lacan,

...es ciertamente esta asunción por el sujeto de su historia, en cuando que está constituida por la palabra dirigida al otro, la que forma el fondo del nuevo método al que Freud da el nombre de psicoanálisis...sus medios son los de la palabra en cuanto que confiere a las funciones del individuo un sentido; su dominio es el del discurso concreto en cuanto campo transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real. (Lacan, 1966, Pág. 247).

El psicoanálisis nace y se hace relevante a partir del momento en que Freud sustituye la epistemología médica sostenida en la mirada clínica por una epistemología fundada en la escucha, donde el paciente ya no habla como un mero informante de la localización y características de sus dolores, sino que enuncia un relato que tiene que ver con su historia, en el que se encuentra implicado y de donde puede emerger como sujeto.

Es desde este ángulo, que Freud inaugura una nueva área del conocimiento considerado revolucionario al romper con la explicación exclusivamente organicista de lo que ocurre en la mente; donde el objetivo ya no es referir los signos y los síntomas a un sistema nosográfico preestablecido, sino descubrir su sentido; donde lo que interesa es su valor simbólico que remite a un sujeto del deseo y sus representaciones; donde lo humano adquiere ese matiz distinto pues toma en cuenta procesos que habían sido despreciados por la ciencia como los sueños, los actos fallidos, el chiste, entre otros postulados que siguen impregnando nuestra cultura hasta nuestros días.

I.2 SUJETOS

-2 pacientes de 7 y 9 años de edad que asistieron a consulta externa a la Clínica de Atención Psicológica de la Facultad de Ciencias Humanas de la UNICACH; lo anterior, acompañados de una serie de entrevistas a sus padres que plantearon como motivo de consulta síntomas persistentes de violencia como: agresión física, verbal, oposición a normas, rebeldía, en la familia y en la escuela.

-Se eligieron estos 2 casos de acuerdo a las características de los sujetos, esto en concordancia al trabajo clínico sesión por sesión.

I.3 TÉCNICAS DE RECOLECCIÓN DE DATOS

La investigación se enmarca dentro del enfoque cualitativo, se llevó a cabo a través de casos clínicos, resaltando que éste no obedece a la lógica estadística; es decir, no se rige por el principio de representatividad de la muestra, sino como el relato de una experiencia singular, producto de la escucha y su correspondiente articulación teórica e inclusive clínica. El interés principal de presentar un caso clínico radica en que; permite la apertura a la discusión y aportes de nuevas coordenadas; con el fin de ampliar, corroborar, o analizar determinada problemática de antemano aislada o propuesta, con el criterio de un principio flexible opuesto a un estándar.

a) **La presentación de casos clínicos.** La presentación de los casos clínicos tiene como finalidad la investigación de los procesos anímicos del sujeto dentro del trabajo clínico, leído a la luz de la perspectiva psicoanalítica. El psicoanálisis confronta los vestigios o pistas con lo determinado y realiza hipótesis a partir de ello. En su orden recoge un discurso, analiza los significantes para enlazar y hallar en consecuencia el cifrado inconsciente. Freud en sus casos procedía con un método parecido al del arqueólogo que está descubriendo una ciudad enterrada y en ruinas, ante lo incompleto de los resultados procede a unir los pedazos y a completar por deducción ese rompecabezas, conforme a modelos conocidos.

Freud en su método precisaba observaciones, enunciaba con rigor sus problemas (preguntas e hipótesis a resolver), confrontaba y si era necesario corregía permanentemente sus datos, aprendía de sus errores y actualizaba permanentemente sus formulaciones. En ese sentido, también ordenaba conceptualmente los fenómenos clínicos, producía o se apoyaba en conceptos que tuvieran valor explicativo para esos fenómenos; pero, también cuidaba que pudieran ser reformulados a partir de la praxis.

Siempre iba desde lo más conocido a lo más desconocido, buscando enlaces, siguiendo separadamente diferentes puntos de vista, hasta ponerlos en conexión unos con otros. Siempre teniendo en cuenta que hay algo que falta, que el saber es incompleto, que todo no se puede aprehender, por lo tanto teniendo siempre la perspectiva de que "todo saber es fragmentario".

Esto hace que la experiencia analítica no se agote en ninguna relación, que decisiva y definitivamente no sea objetivable, dado que en definitiva la propia relación analítica implica siempre en su seno la constitución de una verdad, que en cierta forma no puede ser dicha, puesto que la palabra es la que la constituye y dice y habría entonces que decir la palabra misma, y esto, propiamente hablando, no puede ser dicho en tanto que palabra (Lacan, 1985. p. 32).

La clínica en el tratamiento con niños es dependiente de su entorno familiar y social, generalmente de los padres o —de quienes se hacen cargo del niño—, que también forman parte del objeto de la consulta en la infancia. De ahí que el psicoanálisis infantil no sea sólo un método terapéutico, sino una técnica que también se ocupa de los padres de los niños tratados e ilumina los ideales de parentalidad que introducen a los padres en la vida fantasmática de los hijos. La subjetividad del niño se estructurará según la calidad e intensidad de la influencia ambiental, simbolizada inicialmente por la madre, luego por el padre y los hermanos, y posteriormente por las instituciones de la sociedad y la cultura.

Ello entraña que toda verdad no puede ser dicha sino a medias, esto pone distancia al psicoanálisis con la fenomenología que pretende alcanzar por la vía de la palabra la verdad, al introducir como condición propiamente humana al *inconsciente*, rompiendo incluso con el pensamiento científico de su época, incluyendo lo descubierto por Freud como una de las grandes rupturas epistemológicas como las de Copérnico, Darwin y Marx.

b).- **Recuperación de la información.** Se realizaron registros de audio de las sesiones con los niños y las intervenciones con los padres a quienes se les pidió su autorización, partiendo de la premisa de una relación transferencial, donde se incluirán algunas intervenciones y efectos del trabajo.

-Atención de casos clínicos de niños con síntomas de violencia,

-Registros grabados y de las sesiones con los niños,

-Registros grabados de las entrevistas a profundidad con los padres.

Las sesiones con los niños tuvieron una duración de 50 minutos. Se realizaron de una a dos sesiones por semana durante un tiempo promedio de 6 a 7 meses durante el periodo de noviembre de 2015 a julio del 2016. Se llevaron a cabo en la CAP de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la UNICACH.

Las entrevistas con los padres fueron de 50 minutos ya sea de manera individual o en pareja. Se realizaron una vez por semana durante el periodo de noviembre de 2015 a julio del 2016 y al igual que con los pacientes se llevaron a cabo en la CAP de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la UNICACH.

1.4. ANÁLISIS

Una vez atendido los casos de dos menores que llegaron a la CAP de la FCHyS de la UNICACH solicitando atención por manifestar algunos comportamientos considerados de violencia, demanda expresada por parte de sus padres, se procedió a ordenar la información de los casos atendidos y sujetos considerados. Posteriormente se procedió al correspondiente análisis interpretativo, fundamentado en los presupuestos teóricos psicoanalíticos con el objetivo de repensar y analizar la práctica clínica y sus postulados.

Los resultados de la investigación transitan por una vía que irá más allá de lo especulativo, esto logrado a través de una minuciosa labor lógica y clínica. La clínica no es una experiencia

repetible a la manera de un experimento químico, pero en condiciones semejantes —quien trabaja desde el psicoanálisis— puede guiarse por su teoría y sus herramientas para registrar resultados, si no exactos como en otras ciencias, por lo menos igualmente fructíferos, lo indispensable para ello es la experiencia y el trabajo arduo y sistemático.

El método del psicoanálisis como teoría y como praxis, tiene afinidad con el sujeto, la sorpresa, las variables propias de la subjetividad y la construcción de un saber que se opone a la repetición y a la erudición. En ese sentido hay que dejarse tocar por las sorpresas, los hallazgos, ser pacientes, desarraigar de sí prejuicios y creencias para investigar desde el psicoanálisis.

El hecho de que el lenguaje y la palabra sean la materia prima del tratamiento psíquico, tiene una consecuencia importante para la práctica clínica. Las emociones, los sentimientos son efectos de la palabra, y no al revés; aquello que genuinamente sustenta el síntoma; es la palabra. Para Gallo (2012), esta palabra es tomada como un dato, deja de ser algo que se lleva el viento o que vale menos que una imagen, y pasa a tener valor semejante al de los hechos, al de las prácticas sociales, al de la historia particularmente vivida; razón por la cual ya no es necesario verificar si algo dicho sucedió o no, o si corresponde a una realidad objetiva fechada, para darle autenticidad a su ocurrencia y así retirarle todo manto de duda; por lo que el modo de proceder es sistemático para no darle lugar a la improvisación; es decir, que cada paso de manera manifiesta debe ser debatido, justificado con argumentos y reflexionado en profundidad.

Según Kristeva (1983), se trata de abrir, en y más allá de la escena de las representaciones lingüísticas, modalidades de inscripción psíquica que son previas o que trascienden el lenguaje, y de esta manera, reencontrar el sentido etimológico del griego *semeion* -huella, marca, particularidad. Esto incluye a la realidad psíquica, donde permite inferir que ningún acto humano es arbitrario o casual, pues al examinar los que aparentemente son más casuales — como los sueños, olvidos, equivocaciones, ocurrencias, cortes, vacilaciones, pausas, entre muchos más—, se presentan como parte de un determinismo que ha sido fijado por la historia del sujeto.

Por lo anterior la palabra del sujeto tiene valor de verdad, y esta palabra es la que tiene el peso principal de donde proviene el saber del origen de su malestar, que más que tratar de explicar porque pasa, hay que escuchar qué significa para el sujeto eso que ha vivido, por lo que “el

sujeto freudiano es un sujeto libre, dotado de razón, pero cuya razón vacila en el interior de sí mismo. Es de su palabra y de sus actos y no de su conciencia alienada que podrá surgir el horizonte de su curación” (Roudinesco, 2000, Pág. 97).

Freud en 1913, en la *Iniciación del tratamiento* compara la situación analítica con el juego de ajedrez; con esa analogía pone el acento en el encuadre del proceso del tratamiento en el que tiene lugar el juego, donde se dan los movimientos que en este terreno se despliega, revelando que “desde el comienzo el sujeto muestra las leyes que gobiernan su neurosis a través de síntomas, actos, resistencias y transferencias”. Estas leyes a las que hace referencia Freud —y después Lacan—, son las leyes del lenguaje; que aprisionan al sujeto desde antes de la entrada en el mundo que presiden su destino; pero —paradójicamente— el sujeto ignora esas leyes que lo rigen y además que gobiernan su neurosis.

Es de esta manera que se debe estar dispuesto a la escucha de un decir; donde el sujeto dice algo más de lo que quiere decir; dice más de lo que sabe: al comunicar las ocurrencias, pensamientos, recuerdos, deseos, que guardan relación con lo reprimido; donde Lacan sitúa en el análisis del discurso la superposición de un sujeto de la enunciación y de un sujeto de lo enunciado. En el fondo el sujeto aparece inasible, al ser el soporte de un sistema significante; algo llega por la vía del discurso a abrirse paso y hacerse reconocer por la conciencia, a través de un proceso repetitivo (compulsión a la repetición) debido a que la realidad en la experiencia del sujeto aparece como lo que vuelve siempre al mismo lugar. Esto quiere decir, que el saber del inconsciente está del lado del sujeto y no del analista o del investigador; es él mismo quien lo posee.

De ahí se parte que el tiempo y su importancia en el tratamiento del sujeto tienen que ver más con un tiempo lógico, más que cronológico; donde el tiempo lógico más que un suceso en sí, es un encuentro, una contingencia que marca la subjetividad del sujeto. Es en ese proceso donde quedarán los surcos que han marcado subjetivamente al niño de manera singular, dejando de lado la homogenización que ha tratado como si todos los niños fueran iguales; de ahí que para el psicoanálisis todo lo que dice el sujeto es completamente respetado.

CAPÍTULO II

LA FAMILIA PARENTAL Y LA VIOLENCIA COMO SÍNTOMA EN LA INFANCIA

II.1 LA FAMILIA PARENTAL

A lo largo de la historia de la humanidad y durante muchos siglos se ignoró a la infancia como un periodo importante para el desarrollo del ser humano, por lo que históricamente la infancia ha pasado y devenido en diferentes momentos, desde aquel en el que —como ya se mencionó— se le ignoraba y no se le tomaba en cuenta, hasta llegar a concebirse en la actualidad como algo fundamental que predispone al sujeto para para desempeñarse en la sociedad. Todas estas perspectivas tienen que ver con las maneras en cómo se ha concebido la conformación del sujeto en su contexto familiar y social desde los primeros albores de la humanidad.

Para Levi-Strauss (1979), la familia ha estado presente en prácticamente todas las sociedades humanas, apoyada en la unión —más o menos duradera y socialmente aprobada— de un hombre, una mujer y sus hijos, que es considerado como un fenómeno universal, presente en todos los tipos de sociedades. Esto supone por un lado una alianza, que para la mayoría de las culturas tiene que ver con un acuerdo, como puede ser un contrato a través del matrimonio; y por el otro, la afiliación que alcanzaría uno de los propósitos; es decir, el producto como resultado de esa alianza que son los hijos.

Siguiendo a Levi-Strauss en sus investigaciones antropológicas con diferentes grupos, afirma que toda sociedad —y por lo tanto toda comunidad— está compuesta de familias, y si ésta estuviera privada de ellas, una ciudad correría el riesgo de hundirse en la anarquía,

...lo que diferencia realmente al hombre del animal es que, en la humanidad, una familia no puede existir sin sociedad, es decir, sin una pluralidad de familias dispuestas

a reconocer la existencia de otros vínculos al margen de los lazos de la consanguinidad. (Levi-Strauss, 1986, p.119).

Para Lacan (1938) en sus reflexiones sobre *Los complejos familiares en la formación del individuo*, un ensayo de análisis de una función en psicología, considera que la familia desempeña un papel primordial en la transmisión de la cultura, ya que prevalece en la primera educación, la represión de los instintos y las pulsiones, y en la adquisición de la lengua llamada precisamente materna. De este modo, ella rige los procesos fundamentales del desarrollo psíquico, transmite estructuras del comportamiento y de representación cuyo juego desborda los límites de la conciencia.

La familia y su dinámica histórica

Roudinesco (2003) en su libro *La familia en desorden* realiza un recorrido histórico por las diferentes formas en que se ha representado a la familia; dice que, desde el derecho romano, el *páter* es quien se autodesignaba como padre de un hijo por adopción, al alzarlo en sus brazos. En consecuencia la filiación biológica (genitor) apenas se tiene en cuenta si no es seguida por la designación, por el gesto o la palabra. De ese ritual se deriva la posición de mando del padre en el seno de la familia. Entonces el niño que no es reconocido como su hijo por un hombre, aun cuando haya nacido de su esposa legítima y de sus actos, carece de padre. De ahí que, el padre, se le considera un padre procreador en tanto asume los derechos y obligaciones a que la ley ordena.

Y este lugar atribuido al verbo tiene por efecto del orden de la cultura, a la vez, reunir y escindir las dos funciones de la paternidad (*páter* y *genitor*): la de la nominación y la de la transmisión de la sangre, el linaje o la raza. Por un lado el engendramiento biológico designa al progenitor; por otro lado, la vocación discursiva delega en el padre un ideal de dominación que le permite alejar a su progenitura de la bestia, la animalidad, el adulterio y el mundo de los instintos encarnados por la madre. La palabra del padre al esbozar la ley abstracta del logos y la verdad, sólo prolonga el alimento materno al precio de separar al niño del lazo carnal que, — desde el nacimiento— lo une al cuerpo de la madre.

Durante el cristianismo es la imposición de la paternidad biológica a la cual debe corresponder obligatoriamente una función simbólica. Sólo es declarado padre quien se somete a legitimidad sagrada del matrimonio, sin la cual ninguna familia tiene derecho de ciudadanía. El padre, entonces, es quien toma posesión del niño, ante todo porque su semen marca el cuerpo de éste y, además porque le da su nombre. Por lo tanto, transmite al niño un doble patrimonio: el de la *sangre*, que imprime una semejanza, y el del *nombre* —nombre de pila y patronímico— que atribuye una identidad. El padre, por consiguiente, sólo es un padre procreador en tanto es un padre por la palabra, puesto que sólo la nominación simbólica permite garantizar al padre que es, sin duda, el progenitor de su descendencia, por la sangre y el semen.

La infancia adquiere relevancia para su estudio a partir del siglo XIX; entre muchos otros que empiezan a observar lo que sucede en la infancia, está Freud (1901), principalmente cuando empieza a prestar cuidado a los niños mostrando que ya manifestaban comportamientos que merecían la atención. Por tanto, el infante dejaba ya de ser una cosa para convertirse en un sujeto con todas las de la ley. Bien dentro de esos comportamientos según Freud, están los que podrían considerarse completamente como actos explícitamente sexuales. Donde el tema de la sexualidad del niño cuestionaba también la del adulto. Lacan en 1938 dice que la sexualidad infantil ya no se discute; además el haberse revelado históricamente en las secuelas de su evolución que constituyen las neurosis, dándole cada vez más importancia a la dinámica familiar y a sus efectos.

Con esta transformación de las relaciones familiares y los cambios sociales se generaron nuevas formas de alianza entre sus miembros; en el caso de la mujer, —en las últimas décadas— en lugar de reducirse a su papel de esposa o madre, la mujer se separó individualizándose y accediendo al placer sexual que históricamente se le había negado, y se distinguió del que tradicionalmente tenía destinado: el de la procreación y el del cuidado de los hijos. Esto la liberó de muchas ataduras simbólicas a las que estuvo sometida accediendo también a derechos que estaban reservados sólo al hombre: como el derecho a votar, trabajar y estudiar. En cuanto al niño se proyectó una identidad diferente a la de sus padres. Freud (1914) teorizó ese paso, del *niño objeto* al *niño sujeto*, al mostrar que éste siempre es para sus padres, una prolongación de sí mismos, es decir, de su propio narcisismo. Por consiguiente, la muerte del hijo antes del

fallecimiento de los padres se emparenta, según su afirmación, con una monstruosa herida narcisista.

El infante desde el momento mismo de ser concebido por los progenitores —e incluso antes— imaginariamente vendrá a ocupar un lugar en la sociedad que seguramente le antecede en mucho a su llegada, a “un lugar” permeado por el discurso de los otros con los que tendrá que negociar sus deseos, si quiere ser aceptado. Para Freud (1914), el punto más espinoso del sistema narcisista, la inmortalidad del yo, tan duramente negada por la realidad, conquista su afirmación refugiándose en el niño. El amor parental, tan conmovedor y tan infantil en el fondo, no es más que una resurrección del narcisismo de los padres. Sin embargo considera al narcisismo como una forma de investimento pulsional necesaria para la vida subjetiva, es decir, ya no algo patológico sino, por el contrario, un paso en la estructuración del sujeto.

Para Untoiglich, (2007), parte de la idea de que se llega a ser padre o madre en una labor de construcción, que refiere al sostén efectivo y afectivo, a la crianza, a la transmisión de la cultura, los deseos, los miedos y los fantasmas y el índice libidinal que permitirá a ese cachorro, convertirse en un ser humano, en un sujeto deseante a lo largo de un periodo prolongado de tiempo, en el cual habrá que tener la disponibilidad y asumir la responsabilidad para que esto ocurra.

En ese sentido el niño al nacer surge como producto del encuentro entre un cuerpo sin destino que se inserta en la cadena o herencia biológica y un saber qué hacer con ese cuerpo que ahora será inscrito y ordenado por la cultura; pasando a ser no sólo un cuerpo biológico sino un cuerpo simbólico, un cuerpo del lenguaje. Este cuerpo es diferente del organismo biológico, es un cuerpo simbolizado, atravesado por el lenguaje del Otro (cultura, sociedad, leyes); es por esto la importancia de ser nombrado y reconocido por el Otro y los otros. El Otro debe ofertar un lugar, un nombre, un linaje una marca, una identidad, eso permitirá al niño ir construyendo una respuesta a eso que le es ofertado.

Los futuros padres incluso ya se hacen una idea de lo que el hijo es antes de que este siquiera exista, antes de ser concebido; y para ello preparan un entorno que cobije a ese nuevo ser. El cachorro humano no podría sobrevivir, ni llegaría a ser un sujeto sin una cultura que lo cobije, sin otro que le hable, lo alimente, lo cuide y le trasmite su deseo. A partir de cómo se concibe,

incluso como ya se dijo, desde antes de nacer, será el camino que este tome. De ahí que se considere que es desde el Otro que el sujeto posee un lenguaje y es desde el Otro que el sujeto piensa; de ahí que el sujeto más que hablante es hablado y pensado por el Otro: “es el deseo del Otro” (Lacan, 1966, p. 794). La situación singular de cada ser humano en su relación triangular real y particular, está construida por vivencias y vicisitudes que por dolorosas que sean o hayan sido, conformes o no a una norma social, es lo que constituye la verdad del sujeto, esa historia lo orientará hacia un futuro abierto.

Para Flores (2011), es sólo bajo el esclarecimiento de la conformación familiar, —a través de la estructura edípica— que podemos comprender acerca de la constitución del sujeto; la cual siempre se da en relación con los otros, generalmente, dos figuras que reconocemos como la de la madre y la del padre, sin embargo —no siempre encarnadas por los progenitores— sino que también pueden ser tomadas por aquellos miembros de la familia o sustitutos que se hacen cargo del niño. Como hemos visto, se trata más bien de los lugares y de los deseos que esos protagonistas de la familia lleguen o no a tomar; así, se conformará el sujeto de la transgresión dependiendo de los discursos que se transfieran. Cuando un niño no ocupa ningún un lugar en el deseo del Otro, cuando no ha podido inscribirse en un linaje, la ley será exterior a él y él la vivirá como un imperativo insoportable o en forma de una autoridad feroz.

Incluso, como menciona Foucault (1975) el espacio de la familia debe ser un espacio de vigilancia continua, lo que puede considerarse como la dependencia que tienen los niños de los padres o de quien se hace cargo de ellos: en otras palabras, no se les puede dejar solos casi ni un instante, porque los límites a sus deseos no están marcados todavía y estos podrían incluso rebasarlo mostrando su intransigencia e indisciplina.

...los niños deben ser vigilados en su aseo, al acostarse, al levantarse, durante el sueño. Los padres tienen que estar a la caza en todo lo que les rodea, su ropa, sus cuerpos. El cuerpo del niño debe ser objeto de atención permanente. Esa es la primera preocupación del adulto. Los padres deben leer ese cuerpo como un blasón o como el campo de los signos posibles de la masturbación. (Foucault, 2000, Pág. 231)

Siguiendo a Freud, el padre se encuentra en la base de la ley, en la medida en que su función principal es prescribir la no satisfacción del deseo del hijo en ese sentido impone un límite al

deseo del sujeto, —por medio de una interdicción— en la medida en que niega al niño uno de sus más grandes deseos (el incesto), por medio de amenazas, sanciones, exclusiones entre otras formas que será representado por Freud como la castración. Para Marthe (1964), el padre es el autor de la prohibición del incesto y en consecuencia la encarnación de la ley, con y contra la que todo individuo está llamado a formarse. De ahí que siempre se encuentre al padre como el representante de lo prohibido, de lo pulsional, del que puede realizar el acto violento (castrar simbólicamente) para que el ser humano pueda devenir en un sujeto.

Por el contrario, cuando no se cumplen estas condiciones en las responsabilidades parentales —tal como lo indican Kuras y May (2001), en su trabajo sobre parentalidad—, ven esta carencia de función parental con el infante, como lo que produce una “anemia psíquica”; es decir, cierta pobreza representacional en el niño que consiste en un discurrir psíquico empobrecido con pocas mediaciones, despliegue simbólico acotado, despojado de fantasía, aferrado a la literalidad y a lo concreto. El trabajo de parentalidad tiene efectos psíquicos en quienes lo encarnan; por un lado las figuras parentales cumplen con la función que la cultura les ha designado; y por el otro, el hijo prolongará esa cultura para trascender, adquiriendo un valor sublimatorio en todos sus protagonistas. Cuando la parentalidad no está lo suficientemente investida, pensamos en un ejercicio vaciado de su función. Se trata de un trabajo al que en la actualidad se le fueron restando fuerzas, investimento, alcance, diluyéndose así el valor de su especificidad. Un deslizamiento que por falta de ligadura suficiente, desaloja, arrojando nuevamente a la indefensión.

Por eso, es necesario advertir que la inscripción del ser humano en la cultura es violenta en cuanto le es impuesta desde que nace. En ese sentido, la violencia es estructural, no se puede erradicar, puesto que el sujeto al ser introducido en la cultura: se le pone un nombre; adopta una familia que no elige; se le impone una religión, un idioma, creencias, costumbres, entre muchas cosas más. Entonces quiere decir que el origen del sujeto está marcado por la violencia; —sea la violencia de la palabra, sea la violencia por el deseo del Otro—, en nombre del “propio bien”, cuya imposición original ya es un acto violento, de donde adviene el sujeto, que al dejar de ser objeto del otro, por cierto no es sin dolor, no es sin consecuencias.

Esta representación efectuada por quienes ejercen la función parental y en consecuencia la función paterna y materna se constituye ya de hecho como una violencia hacia el sujeto, se podría decir que es sana, y es ejercida sobre el recién nacido; esto es necesario para evitar su reducción a un simple organismo. En ese sentido, la violencia se apoya en el deseo de uno y la necesidad del otro, al atribuirle el deseo sobre el objeto de necesidad generando una demanda y un sufrimiento. De esta forma desde el inicio el discurso materno, —por su forma de hablarle y hablar del niño—, es el agente y el responsable del efecto de anticipación impuesto a quien en su condición de dependencia no puede proporcionar una respuesta.

Según Freud, la madre —o quien cuida al niño—, aparece como un objeto ligada a las pulsiones de autoconservación, como una madre nutricia y proveedora, y que también es la principal incitadora de la pulsión sexual y estimuladora de la libido del niño. Una madre que al comienzo de las relaciones preedípicas se presenta como la gran seductora del niño, ubicándose como el objeto de amor más primario y arcaico. Apoyada en estas necesidades de autoconservación del niño, ya que necesita saciar su hambre, sed y demás, dado su desvalimiento y su incapacidad de realizarlo por sí mismo. Derivado de esa condición, surge la acción específica encarnada en la figura de la madre, quien aliviará las tensiones y lo investirá narcisísticamente influyendo notoriamente en la estructuración psíquica del sujeto.

Esta función que cumple la madre según Lacan, traspasa con su discurso el pasaje de prohibiciones, de límites y además permite la estructuración del yo y sus representaciones intrapsíquicas. Este recién nacido necesita como, ya se mencionó antes, alguien que lo alimente, pero también necesita de ese Otro que lo desee; ese Otro que demanda algo de él y que también no consienta la satisfacción por completo de esta demanda, en otras palabras de alguien que frustre de alguna manera ese deseo.

II.2 FUNCIÓN MATERNA Y PATERNA

Durante el proceso de crianza del niño necesita de ambos padres, de las figuras parentales que hagan también función materna y paterna, como menciona Masotta (1991), el sujeto se ve de entrada referido a dos polos donde la relación se constituye: el padre y la madre. Esos polos

son funciones. Podríamos decir que la función materna es la que determina el cuerpo erógeno; y la función paterna tendrá que ver con el efecto del corte, con la pérdida obligatoria del objeto primordial y sus secuelas. Por ello partimos de una primera etapa de la vida psíquica, donde hay una fusión entre madre e hijo, la cual queda dividida en cuanto aparece un tercero: el padre. El padre separa a la madre y al hijo.

Su función con respecto a la madre es privarla de su objeto fálico (el hijo); y en cuanto al otro miembro de la diada, su labor es frustrar según Lacan (1958), lisa y llanamente al hijo de la madre. En ello se establece la prohibición del incesto, que alude a la prohibición de la pulsión. En este caso hay un personaje, el padre, que imposibilita un goce tanto al hijo como a la madre. Además la aparición del padre, le revela al hijo que él no es todo para la madre, pues el padre parece tener todo lo que a la madre le hace falta.

Efectos y cambios recientes en la familia

En relación a las formas de crianza que involucran a la familia, la parentalidad y las funciones paterna y materna, podemos advertir algunos cambios que se han operado a partir de la segunda mitad del siglo XX, donde la figura del padre empieza a debilitarse tal como lo plantea Adorno (1951). La relación padre hijo empieza tristemente a desdibujarse. Antes nos rebelábamos contra su insistencia en hacer prevalecer el principio de realidad y contra su prosaísmo, siempre dispuesto a imponerse al niño que se negaba a renunciar a sus deseos. Pero en nuestros días, se inicia una regresión al cabo de la cual ya no hay Complejo de Edipo; pero sí con todo asesinato del padre.

Para Roudinesco (2003), también la figura del padre como función paterna ha menguado durante la evolución de la estructura familiar que ella sitúa en tres estadios que van desde la familia tradicional, la familia moderna y por último a la familia posmoderna o contemporánea. En la primera familia la figura del padre recae en su poder sobre la madre y los hijos. Su figura es apreciada como amo, héroe o "...guerrero, la encarnación de Dios, señor de las familias. Heredero del monoteísmo, que reina sobre el cuerpo de las mujeres y decide los castigos de los hijos" (Pág. 22).

En la familia moderna el énfasis recae en la división del trabajo de los conyugues, la mujer al interior del hogar y el hombre como proveedor con la fuerza de su trabajo. La educación y la autoridad estarán ahora a cargo de los padres y del estado. Se empieza a hablar de los derechos del niño convirtiendo al padre en protector y guardián del bienestar y los intereses del niño. Esta imagen es la que prevalece a partir de mediados del siglo XX, “el nuevo padre, el que lleva en brazos, cambia pañales, juega, habla babysch con el recién nacido” (Julien, 1991, Pág. 24).

Por último tenemos a la familia posmoderna o contemporánea que sitúa más o menos a partir de los años sesentas del siglo XX, donde la figura del padre se ve obligado a cumplir con una serie de normas sustentadas en un discurso legal, pediátrico y educativo, donde va incluido el discurso de la psicología, que cree poseer el verdadero saber sobre el bienestar del infante. La autoridad sobre los hijos ya no depende sólo del padre, sino también de la madre que participa en las decisiones de los hijos, paralelo al empoderamiento de las mujeres en al ámbito laboral, político y económico. Según Roudinesco (1993), la familia ya no se congrega frente a la autoridad disuelta del padre como se apreciaba la familia tradicional y nuclear, ahora es un, “lugar de poder descentralizado y de numerosos rostros. Esta familia se asemeja a una tribu insólita, una red asexual, fraternal, sin jerarquía ni autoridad y en la cual cada uno se siente autónomo o funcionalizado” (Roudinesco, 2003, Pág. 168).

Lo que tenemos ahora dice Roudinesco, es una figura del padre cada vez más abstracta. Antes el padre tenía pleno derecho sobre la vida de los hijos, pero a partir del siglo XIX, el estado empieza a limitar esa soberanía y se habla de los derechos de los niños, con lo cual la figura del padre de familia se reduce y se hace más endeble. Con lo cual —según Julien (1991)— ahora el padre sólo es uno más en la cadena de educadores donde están además las madres de familia, pediatras, psicólogos, pedagogos que se preocupan por proporcionar al infante un estado de salud, seguridad, educación y su integración como ciudadano.

Esto es si pensamos solamente en la familia que por muchas generaciones fue conformada por la madre, el padre y los hijos. Sin embargo como dice Roudinesco (2003), al hablar de la familia venidera que en la etapa actual hay nuevas formas de conformación de las familias, hoy existen familias homoparentales, monoparentales, parejas sin hijos, parejas del mismo sexo, etc., al afirmar que:

...esos desordenes no son nuevos —aunque se manifiesten de manera inédita— y, sobre todo, que no impiden la reivindicación actual de la familia como el único valor seguro al cual nadie puede ni quiere renunciar. Los hombres, las mujeres y los niños de todas las edades, todas las orientaciones sexuales y todas las condiciones la aman, la sueñan y la desean. (Roudinesco, 2003. Pág. 213-214).

De la misma forma Roudinesco opina que a quienes temen, una vez más, su destrucción o su disolución, se objetará que la familia contemporánea, horizontal y en “redes”, se comporta bastante bien y asegura correctamente las futuras generaciones, por lo que considera que la familia venidera debe reinventarse una vez más, si sabe mantener como un principio fundamental el equilibrio entre lo uno y lo múltiple que todo sujeto necesita para construir su identidad. Prueba de ello es la diversidad en la que se están conformando las familias en la actualidad.

II.3. LA INFANCIA Y LA ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

No hay duda que la familia constituye el primer núcleo importante donde el sujeto se desarrolla, donde recibe las primeras muestras de afecto que dejarán una impresión, una huella indeleble en el niño, que será parte de los primeros pasos que se irán registrando en el psiquismo humano. Por lo que la familia conformada por aquellos miembros que desde el inicio muestran y vuelcan su atención al miembro recién nacido, de la preparación del entorno en el que nace donde empezará a humanizarse, estarán iniciando así mismo el largo recorrido para que se convierta en un sujeto, en un sujeto de la cultura.

Para Martínez Salgado (2008) la configuración de la estructura psíquica humana, además de las características constitutivas propias de cada recién nacido, desempeña un importante papel lo que ocurre en la familia, grupo inmediato en el cual cada persona surge a la vida en un entorno sociocultural específico, en el cual transcurren las primeras etapas de su existencia. Así, la familia puede ser entendida como un eslabón de enlace entre el sujeto y su mundo, y también entre unas generaciones y otras. Esto dejará como resultado diferentes modalidades del

funcionamiento psíquico, que se expresan constantemente en la vida cotidiana de los sujetos; expresadas en su forma de ser, su modo de estar en el mundo, de vivenciar sus experiencias cotidianas, de darles significado y de relacionarse con los otros.

Para Schlemenson (2004) las formas de funcionamiento psíquico originarias y primarias no están atravesadas en el recién nacido por el ordenamiento lógico del lenguaje y, sin embargo, revisten una importancia crucial en su apropiación y despliegue. Con ellas se constituyen los recursos fundacionales que abren el camino de la simbolización. Cada niño se relaciona con el lenguaje de acuerdo con su modalidad peculiar de simbolización, que tendrá sus efectos inmediatos desde que se incorpora en la relación con su contexto familiar y social.

Desde el nacimiento, la madre—o quien asuma ese lugar como su equivalente libidinal—cuando asiste las necesidades de supervivencia del niño ofreciendo un sostén alrededor del cual empieza a organizarse su psiquismo, es lanzada así una red simbólica sobre el niño, “...pero antes de ser puesto al pecho, ¿no es tendido el niño hacia la palabra, primer objeto de su deseo? Que me hablen, que me acaricien con los sonidos que sus bocas producen, que me den a beber la miel de sus palabras”. (This, 1982, Pág.185-186). Esa red simbólica que se despliega desde que el niño llega a este mundo representa una suerte de urdimbre de significaciones que sostienen y singularizan al sujeto. “La voz del padre atraviesa el cuerpo y como toda voz, se incorpora como el significante, hace <<agujero en lo real>>” (Ibíd., 1982, Pág. 189).

Por lo que desde el nacimiento cada uno de los hijos, de acuerdo con el momento en el que nacen y el lugar que ocupan en el interior de la estructura parental, se constituye en sucesor de los deseos y temores que circulan en ella. La transmisión de legados parentales es compleja, rompe con la linealidad, recrea destinos y se plasma en tendencias enigmáticas representadas por aspectos fantasmáticos de generaciones anteriores que aparecen en las posteriores como inclinaciones y tendencias de formas distintivas de productividad simbólica posibles de ser rastreadas libidinal e históricamente.

La pregunta que se impone siempre es ¿Qué es ser padres?

Para This (1982) el padre está ahí para permitir el paso y el acceso simbólico. Si atravesando el cuerpo de su madre, el niño viene a alojarse en sus brazos cuando dice: “mi hijo”, quedando

orbitado por el solo deseo materno, sin ser referido por ella al padre—hombre que se mantiene a su costado—; si el niño es pensado como objeto de su fabricación—parte de su propio cuerpo—: ¡no ha nacido! Sigue estando —en el vientre de su deseo— condenado dentro de una prisión dorada, sometido al deber de darle placer. El niño que nace tiene necesidad de su padre y de su madre, pues con ellos habrá de vivir. Pero al promover un ideal de parentalidad (los buenos padres, los padres perfectos), corremos el riesgo de aplastar a los seres humanos bajo el peso de un imaginario que ahoga toda vida y todo deseo. Por lo mismo para este autor y citando a Lacan, “...en el orden humano que es el de los <<parletres>> *, sin duda el padre no es forzosamente el genitor... ¿Quién podría decirse <<padre>> si la palabra no existiera?

**Parletres*: Neologismo de J. Lacan para designar al sujeto hablante, condensación de *parler*, “hablar” y *etre*, “ser”.

Por lo anterior cuando surge la pregunta ¿Qué es ser padre? la respuesta no es tan simple, remite a una historia que trasciende al ser humano como tal, “...<<Padre>> no es forzosamente aquel que, a una mujer, le ha hecho tal hijo... Por eso <<Papá>> no es en absoluto, forzosamente, hay que decirlo, el padre en el sentido real, en el sentido de la animalidad. El padre es una función que se refiere a lo real, y no forzosamente a lo verdadero de lo real” (Ibíd., 1982, Pág. 34). Es decir; que el padre, viene a ser el que con su acto asume ese papel al adoptar al niño, con las consecuencias que eso implica. La presencia del padre abre el camino a la vida simbólica y permite el pasaje, sólo a través de un corte humanizante, que hace metáfora con la castración simbólica.

El investimento psíquico es característico de un sujeto que carga libidinal y propulsivamente los objetos de la realidad, a partir del deseo de reedición de aspectos del placer vividos originariamente. Es por ello que para Lacan, “...el hombre habla pues, pero es porque el símbolo lo ha hecho hombre” (Lacan, 1971, p. 265). De lo cual surgirá su afirmación de que, “...en el nombre del padre es donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica, que desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley” (Ibíd., Pág. 267).

Para el psicoanálisis no se trata del padre como persona, personaje, individuo o sujeto, ni de las posibles formas en que se ejerce el rol de padre y se sostiene su status. En ese sentido el padre no es ni una persona, ni un sujeto, ni un rol, sino únicamente un significante que opera como

ancla; por lo que la función paterna como nombre del padre, según Lacan, posibilita una función de anclaje, como carretera principal ya que en torno a él se ordenan los múltiples caminos por donde circulan los deseos y el goce del sujeto. Y su función principal que es la castración.

La ley primordial es pues, la que regulando la alianza, sobrepone el reino de la cultura al reino de la naturaleza entregado a la ley del apareamiento. La prohibición del incesto no es sino su pivote subjetivo; en este sentido se dirá que el Complejo de Edipo, es una ley que se da a conocer suficientemente como idéntica a un orden del lenguaje. La prohibición del incesto no es invento del padre, él se limita a dar fe de esa marca recibida con el nombre del padre, cuando fue llamado a la vida como ser hablante y parte de una cultura.

El padre no es la ley. Él no hace la ley. La prohibición de que la relación de parentesco y la alianza coincidan hace el fundamento de toda cultura, está al servicio del deseo y el padre no es más que el representante de esa ley humanizante, pero que con su acto se convierte en el guardián de los límites. El núcleo del Complejo de Edipo es la castración —operación simbólica— que puede entenderse como una renuncia, una pérdida de placer necesaria para la entrada del sujeto en el orden simbólico, en el orden de la cultura.

Este poder del padre no depende de su fuerza física ni de su inteligencia; es una función que él ejerce dentro del marco de una civilización donde la familia aparece como una unidad jurídica y podemos entender por qué el nombre del padre, transmitido a través de las generaciones, permite al niño nacer simbólicamente. Para Gerber (1998), el niño vive la presencia del padre como prohibición y frustración, "...de su presencia privadora, él es quien soporta la ley y esto no ocurre veladamente, sino por intermedio de la madre que es quien lo presenta como aquel que hace la ley" (Gerber, 1998, pág. 199).

La metáfora paterna como significante

Entonces el padre en ese sentido es una representación de la función simbólica del padre, que opera como metáfora en la relación madre-hijo, poniendo un límite al deseo del hijo, pero también al deseo de la madre. Para lacan entonces ¿qué es un padre?

El padre no es un objeto real, entonces ¿qué es?... es un metáfora. Y ¿Qué es una metáfora?... es un significante que aparece en lugar de otro significante...el padre un significante que ha reemplazado a otro significante. Y esa es la única incumbencia esencial del padre dentro del Complejo de Edipo. (Lacan, 1958, pág. 177).

Podemos discernir entonces —a partir de Lacan— que el lugar del padre es una función así, el padre existe, aunque no esté presente físicamente; por ello el Complejo de Edipo puede constituirse. El padre es un significante que viene a representar la ley en la cadena significativa. Para Freud, entonces, el padre sólo puede ser elegido por el hijo como objeto al término de una historia. De ahí que la pregunta “¿Qué es ser padre?”, adquiere una dimensión que va más allá de haber tenido una relación amorosa con la madre y haber engendrado un hijo. Según Lacan, va más allá del hecho de la procreación, de haber copulado con la madre, luego que la madre quede embarazada y lleve algo en el vientre por algún tiempo y que finalmente este producto sea arrojado. Esto no sería suficiente para la noción de ser un padre.

Ambos vínculos —el de la investidura de objeto hacia la madre y el de la elección del padre por identificación— marchan un tiempo uno junto al otro, hasta que por el refuerzo de los deseos sexuales hacia la madre, y por la percepción de que el padre es un obstáculo para estos deseos, nace el complejo de Edipo (Freud, tomo XIX, pp. 33)

Lo que se privilegia es la función de ser padre, no al padre. Un padre que responde más a una ley psíquica, no a una ley social. Ambas no coinciden porque la ley psíquica se transmite de manera inconsciente. Para Lacan, este padre es un significante y no algo objetivo o material. A este significante lo denomina el nombre del padre y su función atañe a la castración, tal como afirma que el nombre del padre es esencial para la estructuración del mundo simbólico y es aquello por lo que el niño sale de su acoplamiento con la omnipotencia materna.

Esta ley estaba desde el principio y no depende de la historia de nadie. El sujeto debe llegar a serlo a través de ella. De ahí entonces que considere al padre como una metáfora, es decir, por sustitución de un significante por otro significante. Para Lacan un significante es un elemento que no tiene valor ni significación por sí mismo; sólo tiene valor en tanto se opone a los otros elementos que integran una cadena, “el registro del significante se instituye por el hecho de que un significante representa a un sujeto para otro significante” (Lacan, 2003, Pág. 819). La

función del padre es, por consiguiente, articular al sujeto en lo simbólico; es la instancia que permite dar cuenta de la cuestión del deseo para el sujeto, y es por ese registro por donde pasa el acceso de éste al deseo. La función del padre actúa como una metáfora; es decir, por sustitución de un significante por otro significante; en otras palabras, por la sustitución de ese padre de carne y hueso ausente, por el padre simbólico, por una palabra, por un padre muerto.

La simbolización remite a una actividad representacional compleja; le exige al niño un verdadero esfuerzo psíquico en tanto renuncia parcial a una posibilidad de satisfacción inmediata. A partir de estas condiciones, la relación del niño con la realidad se presenta mediada por la exigencia de abandono de la primacía del principio del placer-displacer en tanto realidad directa. Este proceso requiere como condición que el niño pueda investir el lenguaje como un objeto del cual desea apropiarse. El lenguaje ordena, separa y proporciona una realidad con la que el sujeto entra en contacto; en ese proceso hay pérdidas, resignaciones, sustituciones, establece lazos con el mundo que lo rodea.

Cuando hablar implica para el niño investir el propio discurso como herramienta de expresión de lo vivido, lo sentido y lo pensado, representa un verdadero trabajo de duelo en relación con las modalidades primarias de simbolización y supone la renuncia relativa al placer de la descarga inmediata. Dice Lacan (1971), *nadie puede alegar ignorar la ley...* Ningún hombre la ignora en efecto, puesto que la ley del hombre es la ley del lenguaje desde que las primeras palabras de reconocimiento presidieron los primeros dones.

Por la palabra que es ya una presencia hecha de ausencia, la ausencia misma viene a nombrarse en un momento original, de donde nace el universo de sentido de una lengua donde el universo de las cosas vendrá a ordenarse. Un símbolo es etimológicamente, lo que es <<echado junto>> para evocar lo que ya no está. La palabra nos permite representar al objeto desaparecido, el vocablo viene a ocupar el lugar de la cosa <<asesinato de la cosa>>, no es sino un re-presentante. Del lenguaje en general, hay un camino a la lengua materna, la lengua fue aprehendida por que otro le habló al niño, que si bien no se entendía en el principio pero si la escuchaba y con eso dejaba una impresión en su psiquismo.

II.4 LA INFANCIA, LA FUNCIÓN PATERNA Y LOS SÍNTOMAS DE VIOLENCIA EN EL INFANTE

Freud destacó y privilegió a partir de las observaciones de la cultura de la época, de su formación científica y de su práctica clínica la relevancia de la infancia y su relación con la vida adulta. Le reconoció a la infancia una sexualidad propia, el acceso a una estructuración psíquica constitutiva que sería determinante a lo largo de la vida del sujeto y que además lo llenaba de interrogantes. Freud rescata a la niñez y le atribuye una cualidad hasta entonces desconocida, que ese ser en ciernes está desarrollando una estructuración psíquica que no puede darse por perdida con la terminación de la infancia, una época a la que también se puede acceder a través de las formaciones del inconsciente como los sueños, recuerdos traumáticos y síntomas neuróticos.

La identidad del sujeto depende del reconocimiento del otro, otro que también es un sujeto de la cultura. Ese otro que puede ser el padre o la madre o quien lo cuida, es el medio por el cual se induce un reconocimiento que emana de una red de relaciones simbólicas que asigna los lugares en los que viene a insertarse el sujeto. Los cambios que se producen en la subjetividad con el correlato de los cambios corporales llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo.

El ser humano no puede pensarse recortado, fuera del universo de relaciones que lo mencionan, lo sustentan, lo definen, que lo ubican en el tiempo, con un valor social específico, es decir, en su coexistencia institucional, ya que gracias a ella se constituye su historia única y sus relaciones psíquicas emocionales. (Flores, 1999, Pág. 84).

Ante esta realidad el infante recién nacido, inmaduro en relación a otras especies animales que se vuelven independientes a los pocos días de nacer; es lanzado al mundo impotente para emprender cualquier acción coordinada y eficaz, lo cual lo coloca en un estado inicial de desamparo y de vulnerabilidad con diversas consecuencias sobre su vida psíquica. El niño desde el nacimiento comienza a manifestar sus necesidades a través del llanto, el jadeo, gesticulaciones, con diferentes movimientos que son interpretados y decodificados por la madre o por quien lo cuida, quien le otorga sentido a esas manifestaciones estableciendo con

estos actos las primeras experiencias de satisfacción. A esas primeras inscripciones como ya se mencionó antes Freud (1900) les llamó *huellas mnémicas* que pueden ser imágenes indelebles, palabras inolvidables, acontecimientos perdurables, recuerdos imborrables, entre muchas cosas más; que de alguna manera marcan y estructuran el devenir del ser humano.

Según Tubert (2000), el bebé es incapaz de realizar la acción específica. Es decir la actividad, necesaria para lograr la resolución de la tensión interna creada por la necesidad. Si bien su organismo está dotado de algunos reflejos incondicionados innatos (succión, deglución, por ejemplo), es imprescindible una intervención externa adecuada, la madre le aporta el alimento proporcionándole así una experiencia de satisfacción que suprime la excitación interna e incluye la percepción del objeto adecuado para lograrla,

...a partir de este momento, la huella mnémica de la excitación derivada de la necesidad queda asociada con la imagen de ese objeto, de modo que cuando vuelve a presentarse surgirá también un impulso psíquico tendente a reproducir la situación de la primera satisfacción. (Tubert, 2000. Pág. 87-88).

Por lo que para ello, habrá de orientarse hacia la imagen mnémica del objeto. Esta presión psíquica parte del *displacer* y tiende al *placer*, "...este impulso que es llevado a reconstruir la experiencia de satisfacción no es otra cosa que el deseo" (Ibíd.)

El infante según Gay, (1999) a partir de lo planteado por Freud, que desde el momento del nacimiento, el niño está expuesto a un bombardeo de influencias provenientes de otros, las cuales se amplían y se diversifican durante la infancia. A medida que pasan los años, el niño es sometido al aliento y el desdén, el elogio y la represión, por medio de todo lo cual los otros ejercen sobre él una influencia formadora. Sin estas experiencias iniciales y compartidas es imposible que el sujeto alcance un desarrollo psíquico acorde y saludable. El sujeto sólo no puede simbolizar esas experiencias, sino es con la mediación del otro que interprete y le dé sentido a sus actos, gritos o mímicas. El recién nacido necesita no sólo de alguien que lo alimente, sino que también necesita de ese Otro que lo desee, ese Otro que demanda algo de él y que también no consienta la satisfacción por completo de esta demanda.

Para Braunstein (2006), para llegar a vivir como un miembro pleno en la sociedad es necesario que cada niña y cada niño atraviese por un largo y complicado periodo proceso de “renuncia pulsional”, de canalización de las pretensiones para gozar en las satisfacciones orgánicas, de aprender a negociar con los demás la relación que tiene que guardar su deseo singular con la Ley que obliga a posponerlo y a trasponerlo en transacciones que implican su restricción.

Las relaciones familiares en la constitución del sujeto

La realidad psíquica del sujeto surge y se constituye a partir de los otros con quienes se identifica, para Rodolfo (2014), “para encontrar cierta posibilidad de implantación en la vida humana, la única oportunidad es asirse a un significante. El bebé tiene que trabajar y aun luchar para adquirir significantes. Las funciones, parentales y otras, deben auxiliarlo brindándole las condiciones mínimas” (Pág. 41-44). Por lo que a quienes toma como modelos o como objetos de amor, los interioriza, los hace formar parte de sus instancias, se reconoce en el cruce institucional de los diferentes discursos familiares, educativos, sociales entre otros. La subjetividad surge en la relación con el otro, puesto que en el inicio el sujeto está alienado en el mundo de lo simbólico, en esa red que constituye el orden de la cultura y la sociedad, que asigna lugares para el sujeto y los otros; puesto que ese reconocimiento sólo puede provenir de esa red simbólica que se constituye fuera de sí, en un espacio virtual, que es la mirada del otro.

Cada uno de los hijos, de acuerdo con el momento en el que nace y el lugar que ocupa en el interior de la estructura parental, se constituye en sucesor de los deseos y temores que circulan por ella. La herencia psíquica recibida no se ordena exclusivamente alrededor de la riqueza simbólica, sino también en torno a los aspectos fantasmáticos y enigmáticos no resueltos entre las distintas generaciones. (Schlemenson, 2004, Pág. 24).

Todo ser humano, por el hecho mismo de su existencia corporal, posee una imagen del hombre y de la mujer complementaria; él niño ubica esta imagen en los padres o quienes lo cuidan y gracias a esta adjudicación de algo imaginario a personas reales, él logrará desarrollarse, identificándose con ellos de acuerdo con las posibilidades de su patrimonio genético. El objeto que satisface la necesidad de hambre por ejemplo (leche, pecho) es un objeto imaginario, pero, en ese acto de alimentar, señala además que es deseado por la madre, es deseada por esta en cuanto una relación dual.

De ahí que se considere a la introducción del narcisismo como un aspecto importante que interviene en la estructuración del sujeto. El narcisismo está constituido por el rechazo o la preferencia que le da el objeto maternante al niño, por el deseo que se tiene de ocupar un lugar privilegiado para el otro y por los propios atributos que debe poseer cada sujeto. “El sistema narcisista depende de cierto tipo de configuración intrapsíquica constituido por elementos interrelacionales, que entran en intercambio con los sistemas narcisistas de otros sujetos” (Ibíd, pág. 19). La vida del niño comienza por una etapa de autoerotismo, es decir, el primer narcisismo (narcisismo primario) es autoerótico cuando el niño se toma así mismo como objeto de amor antes de dirigir su libido a objetos externos (narcisismo secundario).

La palabra se legitima mediante las significaciones que el otro le da al niño de los sucesos de la vida cotidiana, ese sentido debe abreviar para su legitimación en una palabra cuya eficacia lo marque en su devenir, es decir, que deje una huella permanente en el imaginario del sujeto. Palabra que podemos entender como un conjunto de enunciados que para Lacan será el tesoro de significantes, que de contenido a una historia que afirma el sustrato de verdad a un segmento histórico determinado, de acuerdo al contexto y la cultura del sujeto.

Lo que tiene importancia, en efecto, no son tanto los hechos reales vividos por el niño, como tal vez otros podrían percibirlos, sino al sentido en el conjunto de percepciones y el valor simbólico originado que asumen para el narcisismo del sujeto, que depende de los encuentros con experiencias nuevas y de las palabras o la ausencia de ellas que se conservan y se volverán a presentar en su memoria como representantes verdaderos o falsos de la experiencia vivida.

Una de las primeras cosas que se ofrece a un niño por ejemplo es su nombre que va a dejar una huella de la identificación narcisista de los padres. La identificación es una operación psíquica equiparable a la incorporación donde el sujeto asimila algo de otro, que puede ser algún rasgo, atributo que ya sea total o parcialmente, lo toma de manera inconsciente como un modelo a seguir. Esas primeras identificaciones llevan la primera interiorización o huella de las relaciones del niño con el primer objeto originario que es la madre o quien lo ha cuidado aunque no sepa diferenciar todavía de quien se trata.

El infante crece en la calidez de los primeros vínculos, en el atravesamiento libidinal y simbólico de los padres hacia sus hijos que llegará a constituir el legado de humanización a

partir del cual el sujeto ingresa a un tipo de mundo provisto por sus progenitores. Este acto de transmisión circula mediante una combinatoria impredecible a modo de mandatos y enigmas, legados parentales complejos que predestinan o recrean destinos, plasman tendencias futuras representadas por aspectos fantasmáticos de las propias historias de los padres. El fantasma para Miller (2007) tiene un aspecto imaginario, correspondiente a lo que un sujeto puede producir como imágenes tanto de aspectos de su mundo como de su ambiente; y en su dimensión simbólica en una pequeña historia que obedece a ciertas reglas a ciertas leyes de construcción que son las leyes de la lengua.

Para N. González, F. Cervilla, F. Pereña, V. Mira, A. María Cabrera, C. Gallano, P. Ruiz, I. Cortijo (2003). La imagen del padre como ideal para las identificaciones responde a los significantes que se refieren a él. Esto quiere decir que a cada momento histórico corresponden representaciones diferentes, y que el declive de un momento histórico arrastra consigo a las representaciones que ha construido y sostenido. Si hay un declive de la figura social del padre, hay que pensar que lo que está en entredicho es un referente clave para las identificaciones, que el ideal queda cortocircuitado, que cambian los modos de satisfacción y que si las identificaciones fabrican lazo social, el vínculo social queda afectado por la decadencia de la figura paterna.

Los síntomas y sus representaciones en la infancia

La causa de los fenómenos patológicos se encuentran en sucesos de la infancia que por medio de la represión ha olvidado, esto derivado de la operación defensiva mediante la cual el sujeto expulsa de la conciencia o mantiene en el inconsciente las representaciones (pensamientos, imágenes, deseos, recuerdos generalmente prohibidos y por lo tanto reprimidos) vinculados a representaciones displacenteras.

El niño es quien soporta inconscientemente el peso de las tensiones e interferencias de la dinámica emocional, familiar y sexual inconsciente de sus padres cuyo efecto de contaminación mórbida es tanto más intenso cuanto mayor es el silencio y el secreto que se guarda sobre ellas, que sin embargo, con su síntoma, tiende a desenmascarar.

En la clínica hay que escuchar, aparte de la respuesta general de la estructura clínica, el síntoma; el síntoma es la particularidad de la relación del sujeto con sus determinaciones pulsionales. Ello pasa por el inconsciente, es decir, cómo la pulsión se relaciona con la angustia y con el inconsciente: eso está inscrito en el síntoma de cada cual y, efectivamente la cuestión es que un sujeto concreto pueda abordar la angustia desde el inconsciente.

Según Mannoni (1990) en los síntomas del infante es donde el lenguaje se detiene, lo que sigue hablando es el síntoma. Es el niño quien, mediante sus síntomas encarna y hace presentes las consecuencias de un conflicto viviente, familiar o conyugal, camuflado y aceptado por sus padres.

En la primera entrevista con el psicoanalista generalmente la pareja parental plantea su pregunta a través de su hijo, donde la pregunta se proyecta a través de la angustia puesta al desnudo por el abandono de las defensas ilusorias. Por ello es importante escuchar a los padres para saber cuál es el lugar que ocupa el niño en el deseo parental. El síntoma viene a ocupar el lugar de la palabra que falla y está dirigido a los padres, responde a aquello anulado o destruido en el discurso del adulto que no se ha dicho. De ahí que Mannoni, afirme que el síntoma es el reflejo del síntoma parental, donde la labor del niño con su síntoma es resarcir el fracaso de los padres, e incluso, que el niño pueda cumplir sus sueños perdidos.

Para Dolto (1988), el ser humano es un ser de lenguaje, incluso antes de saber hablar o comunicarse intencionalmente. Dolto, siempre propuso que le dijeran al niño todo lo que le concernía, “que dijeran la verdad”, desde el nacimiento, ya que lo peor para un ser humano es lo que permanece sin sentido, lo que no pasa al lenguaje. Deduce que un niño puede arrastrar toda su vida graves problemas, simplemente porque no se le había dicho lo que había pasado al principio de ella, si contamos a los niños su verdadera historia los curamos de ella. Partía de la necesaria y estructurante relación de la madre y el bebé, la diada, donde el sujeto se humaniza a través de la palabra con la que la madre da sentido al cuerpo y a las sensaciones del bebé. Pero esta diada sólo es estructurante si la madre toma en cuenta al padre, lo que evita que el bebé quede aprisionado en la complacencia del deseo materno. Así Dolto, daba mucha atención al entorno familiar y una gran importancia a las entrevistas familiares, con el fin de averiguar quién es el que sufre la dinámica familiar, el lugar del niño en el narcisismo de los padres.

El síntoma de la violencia en la infancia

Hugo Bleichmar (1988) reconoce importante la narcisización (valoración positiva) del sujeto por parte del otro significativo, del cual, puede provenir una valoración positiva o una descalificación primaria. Los síntomas de agresividad y violencia pueden surgir como producto de los trastornos narcisistas.

La agresividad puede constituir en el ser humano un movimiento defensivo en contra del sufrimiento psíquico, de la humillación narcisista, de los sentimientos de culpa o de las fantasías de ser perseguido y mediante ella el sujeto logra reestructurar la representación de sí y del otro. (Bleichmar, 1998, pág. 222).

Así para Hugo Bleichmar (1988), existen condiciones displacenteras, frustrantes e incómodas, que son capaces de activar la agresividad e implican un tipo de sufrimiento para el sujeto. La agresividad (que está disponible al interior del sujeto) es activada cada vez que el niño se siente en peligro. De otro lado, el autor sugiere que el niño/a adquiere una identidad a partir de su propia agresividad que puede proporcionar un significado de poder y omnipotencia.

Para Pinker, S. (2012) citando al Psicólogo Richard Tremblay, quien ha medido índices de violencia en diferentes edades, ha demostrado que la etapa más violenta no es la adolescencia ni la fase inicial de la edad adulta sino los acertadamente denominados “terribles 2 años”. Un niño pequeño típico al menos de vez en cuando da patadas, muerde, pega y se pelea y a partir de ahí el índice de agresividad física va disminuyendo durante la infancia. Según Tremblay, la pregunta a la que hemos intentado responder durante los últimos treinta años es, cómo aprenden los niños a agredir. Pero está mal planteada. La pregunta es cómo aprenden a no agredir.

Para Anna Freud (1980) la agresividad es el resultado de una fuerza pulsional innata, que aunque no se produce por influencias externas, puede ser provocada por ellas. Está comprobado que los niños presentan explosiones incontroladas de agresión cuando no se les quiere, cuando son privados de satisfacciones y cuando son frustradas sus actividades. Pero esas circunstancias sólo sirven para hacer más fuerte una tendencia que en sí misma constituye una parte esencial de la naturaleza humana del niño. “Los progenitores debe atenuar la

agresión del niño, modificarla y orientarlo para que la use en dirección correcta, no pretender inhibirla” (Freud, A., 1980, pág. 30). De ahí que proponga la reconstrucción del niño en tanto traumática, predecir la patología y actuar de manera preventiva para evitar la enfermedad infantil y discernir si esa patología no es más que el producto de un error.

Así también, Klein (1975) afirma que los niños presentan una hiperactividad que se acompaña de una actitud desafiante y dominante y que, en general, la gente interpreta como signo de “temperamento” o de desobediencia. Dicha manifestación al igual que la agresión, es una sobrecompensación de la ansiedad, que tiene gran influencia en la formación del carácter del niño y en su actitud futura ante la sociedad. “La inquietud que a menudo acompaña a esta hiperactividad es, a mi juicio, un síntoma importante” (Klein, 1975, pág.112).

Desde su perspectiva, el ser humano nace en una situación de alto riesgo a la que enfrenta por medio de una escisión para mitigar la angustia e intentar organizar su rudimentaria vida mental proyectando la pulsión libidinal. Considera que el niño nace con el predominio de la pulsión de muerte, lo que lo lleva a tener una relación consigo mismo y con el mundo basada en la agresión y en la destrucción,

...en el principio de la vida, la libido esta combinada con agresividad y que el desarrollo de la libido en cualquier estadio está afectado vitalmente por la ansiedad proveniente de esta agresividad. La ansiedad, la culpabilidad y los sentimientos depresivos empujan a veces a la libido a nuevas fuentes de satisfacción, y otras veces frenan el desarrollo de la libido. (Klein, 1966, Pag. 195-197).

Klein también plantea que la formación del síntoma es una vía del yo para defenderse del desarrollo de la angustia, para ella, los síntomas en el niño son el producto de las situaciones presentes o devenir continuo, ya que deja de lado el pasado.

Es Lacan quien resignifica el lugar del psicoanálisis, para el cual el dispositivo analítico no establece diferencia para el trabajo clínico con niños o con adultos, ya que apunta al sujeto del inconsciente. Para Lacan el niño es un sujeto al que se le interrogan sus significantes, por lo que el analista de lo que no puede abandonarse es del estatuto de la palabra, e indagar la presencia del saber, goce, objeto causa de deseo; y cómo se ha ubicado el niño frente a estos.

En este punto se abre la pregunta por el estatuto del síntoma en el niño. En la conferencia en Ginebra, Lacan analizando el caso de Freud del pequeño Hans (1909), plantea que la fobia de Juanito es respuesta al goce y que el síntoma es la expresión, la significación del goce hétero del cual nada entiende por el hecho de tener cierto tipo de madre y cierto tipo de padre. Así el síntoma en Juanito sería un modo de tramitar el goce, más del cual no puede dar cuenta. Podríamos decir que si bien la fobia de Juanito responde a lo que no anda en la pareja le permite, como síntoma propio, separarse del Otro en el punto donde la fobia toma el relevo de la función paterna.

En Dos notas sobre el niño, Lacan dice que, "...el síntoma, y este es el hecho fundamental de la experiencia analítica, se define en este contexto como representante de la verdad" (Lacan, 1969, pág.55), de tal manera que ubica el síntoma del niño o bien como representando la verdad de la pareja parental o bien la posición del niño revela la verdad del objeto del fantasma materno. ¿Qué de esto el síntoma del niño viene a dar cuenta?

La posición del niño al responder a lo que hay de sintomático de la pareja le obtura a ésta el encuentro con la castración, al tiempo que esto mismo no le permite al niño que la operación de separación sea operativizable (efectivizable) para él, "...el síntoma puede representar la verdad de la pareja. Este es el caso más complejo pero también es el más abierto a nuestras intervenciones" (Ibídem). Esto vale también cuando el niño se encuentra tomado por la subjetividad de la madre, pero aquí el compromiso es aún más radical. Entonces, ¿Qué función podría cumplir un síntoma propio para el niño? Esto es lo que se va a poner en juego en la dirección de la cura, la construcción del síntoma propio. El síntoma propio del niño podría dar cuenta de la separación.

Es necesario diferenciar el síntoma del niño tanto sea respondiendo a lo sintomático de la pareja o a la subjetividad de la madre, del síntoma propio del niño. Así mismo si responde a la subjetividad de la madre el niño está más tomado en posición de objeto, entonces el trabajo analítico apuntará a la emergencia subjetiva, que será consecuencia de la instauración de la función paterna en la transferencia, "...el niño aliena en él todo acceso posible de la madre a su propia verdad, dándole cuerpo, existencia e incluso la exigencia de ser protegido" (Ibíd., pág. 56). Si responde a la pareja, el niño ya se encuentra en una posición más subjetiva, aunque sigue estando tomado por los significantes del Otro.

El análisis por la vía del juego, el dibujo y el decir, apuntará a la constitución en transferencia de un síntoma propio, que implica una posición propia en relación a su inconsciente. De tal manera que en este artículo de Lacan va a dejar patente que, "...las funciones del padre y de la madre se juzgan según una tal necesidad. La de la madre: en tanto sus cuidados están signados por un interés particularizado, así sea por la vía de sus propias carencias. La del padre, en tanto que su nombre es el vector de una encarnación de la Ley en el deseo" (Ibíd., pág. 56-57).

Ramírez (2012), dice que para Lacan es legible no sólo que el niño tiene síntomas, sino que él puede ser un síntoma en su ser, que su ser sea el de ser un síntoma. Y es que el niño como síntoma es respuesta de lo real, cual relaciona, además, verdad y real. ¿De qué verdad se trata? El niño en posición de síntoma, es verdad de la pareja parental, de su estructura.

Se ha considerado anteriormente al síntoma como una representación de "algo que no va" en el sujeto, que le molesta, pero que también ignora su origen. Sin embargo ese mal-estar, es lo que mueve a buscar ayuda. Para Freud es la palabra del sujeto la que revela el deseo subyacente en su malestar. El que escucha ese malestar, más que ser un Sherlock Holmes a la caza de un síntoma o un trauma con su interrogatorio, debe darle tiempo a que en el sinsentido del deseo, pueda emerger y desplegarse aunque sea de manera encubierta en esa historia nueva. Algún efecto tendrá en el sujeto, mayormente si resignifica y se hace responsable de ese mal-estar. Tal como lo Plantea Lacan, "hablar en efecto de la pérdida del sentido de la acción analítica es tan cierto y tan vano como explicar el síntoma por su sentido, mientras ese sentido no sea reconocido por el sujeto" (Lacan, 1966, Pág. 234).

El síntoma entonces le sirve al niño y al sujeto en general para solicitar ayuda, para encontrar respuestas a sus preguntas en esa constitución como sujeto deseante, para constituirse como actor de su propia vida, dirigidas a otro que lo defina para hacerse un lugar propio en el deseo del Otro. El síntoma del niño sería un grito de auxilio para expresar su deseo de desalienarse, para separarse del lugar que le han conferido, que le dé una salida que le permita asumirse como sujeto deseante.

Por eso debe dejarse hablar al síntoma que trae un sujeto antes que desaparezca, se debe escuchar al sujeto que hable de su síntoma, para que por este medio emerja la verdad inconsciente que de forma paradójica el síntoma revela y oculta a la vez, según Lacan,

“...queda ya del todo claro que el síntoma se resuelve por entero en un análisis del lenguaje, porque él mismo está estructurado como un lenguaje, porque es lenguaje cuya palabra debe ser librada” (Lacan, 1966, Pág. 258).

Es así, que el síntoma del padecimiento o malestar es producto de la palabra silenciada que se expresa a través del cuerpo o de aquello mortificante, podemos señalar que el síntoma tiene un lugar dentro de la estructura del lenguaje, es metáfora, es decir, los síntomas pueden hablarnos

De acuerdo con Lucien (1979), el síntoma es producto de una ruptura en la cadena significante, es el agujero que resulta, esto es; el síntoma es una palabra que falta, un significante que falta; eso que no se habló. Pero, una falta en el discurso es soportable por la persona que habla, en la medida en que ese corte no reenvíe a otro corte, situado al nivel del cuerpo real.

Para Miller (2013),

...el síntoma tal como Freud lo aisló, lo renovó, lo articuló, lo inventó, es la verdad. Cuando nos perturba, damos a esta verdad otro nombre: por intercesión de Freud la denominamos síntoma. El síntoma es, si me permiten, el nombre clínico de la verdad. (Miller, 2013. Pág. 29).

Por lo tanto, bajo estas consideraciones teóricas se puede afirmar que el síntoma emerge a través de estas manifestaciones recurrentes de expresiones violentas en el infante, actúa la verdad con la que el sujeto, hace constante su angustia en lo real; puesto que cuando el síntoma está articulado a la verdad, responde a la estructura significante, a la elucubración del inconsciente, al ciframiento.

CAPÍTULO III

ANÁLISIS DE RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Este proceso de análisis y discusión permitirá mostrar la relación de la dinámica familiar y las manifestaciones de violencia en el infante, para poder relacionar y discutir desde el discurso de los sujetos, aquello que desde esto mismo, es lo más significativo.

Para realizar el análisis discursivo que fue desplegado durante las sesiones de tratamiento de dos niños, “Alfredo” de 7 años y “Moisés” de 9 años se partió de la teoría y la clínica psicoanalítica propuesta por Freud. Ambos menores de edad que fueron llevados por sus padres a consulta a la CAP de la FCHyS de la UNICACH, con padecimientos o síntomas que ellos identificaron con diferentes expresiones de comportamiento descritas como violentas, que les llevaron a tener problemas en el ámbito familiar y escolar principalmente.

Para ello es importante reconocer que desde el primer momento que estos niños fueron llevados y atendidos en la CAP, no sólo fueron tratados como infantes o menores de edad donde los que responden por ellos son los padres todavía; sino como sujetos de pleno derecho, que pueden incluso por supuesto responder por sus actos. Eso quiere decir que al niño de antemano se le atribuye un saber propio como sujeto, sujeto del lenguaje, sujeto del inconsciente también. Un niño o un menor de edad, entonces es un “sujeto”, a quien se le asume un saber sobre sí mismo.

En ese sentido el sujeto no llega a serlo solamente por unas experiencias singulares ni por su desarrollo autónomo ni por la edad o su maduración neurológica ni por el despliegue de una libertad esencial; sino que está constituido como tal a partir de requerimientos emitidos por una estructura social y ejecutada por las instituciones que exigen a todo ser humano sujetarse a una colectividad social.

Aun cuando desde el derecho se promulga la responsabilidad ante la ley y que “nadie debe ignorar o estar por encima de la ley”, se debe diferenciar esta concepción del sujeto responsable de sus propios actos que propone el psicoanálisis, de las propuestas hechas desde

la legalidad y el derecho, cuando dice que el menor por serlo no es responsable civil y penalmente de sus actos, puesto que la ley y el derecho civil no le da los medios para disponer de su acto de manera total; es decir, un menor no puede firmar y comprometerse en un contrato, no puede firmar un acta notarial o incluso si quiere casarse no puede hacerlo, por lo tanto siendo menor no podrá ser juzgado como un adulto o mayor de dieciocho años, aun cuando hubiese cometido un delito que podría identificarse como grave.

Por lo anterior, desde el psicoanálisis el discurso es siempre, discurso de un sujeto independientemente de la edad, lo que en primera instancia nos remitiría a un “sujeto de la conciencia”, del sujeto de esa abstracción, como efecto del ser social; a la cuestión del sujeto del discurso como corpus concreto, a partir del cual podremos abordar al sujeto que ya no será el sujeto de la conciencia que cumple un papel mínimo en su síntoma, ni tampoco el sujeto del discurso, sino el sujeto escindido, varado o dividido; el sujeto a secas donde lo que lo caracteriza es un no saber, un sujeto en toda su complejidad; que hace de sus fenómenos conscientes y de lo que dice en su discurso aspectos meramente parciales; porciones flotantes del iceberg de una estructura que nunca acaba de completarse en su totalidad, donde lo inconsciente y lo no dicho de su discurso aparecen como condicionantes y delimitadores de lo consciente y de lo sí dicho.

En ese sentido, hay una responsabilidad y una implicación, que el infante o menor de edad en tanto que es un sujeto de la cultura y del lenguaje está adquiriendo. El psicoanálisis nos presenta un sujeto que no puede considerarse amo y señor de sí mismo, de su discurso y sus actos, pero que finalmente tiene que hacerse cargo de aquello que lo determina, como algo que también le concierne, que es suyo, tal como lo plantea Lacan, “de nuestra posición de sujetos somos siempre responsables” (Lacan, 2003, Pág. 837). De ahí lo interesante de este sujeto desde el psicoanálisis porque a pesar de presentarse de “*esa posición de no saber*” y de faltarle conciencia en la mayoría de sus actos no por ello es menos responsable de lo que vive, de lo que hace, de cómo siente o piensa.

Desde la perspectiva psicoanalítica y desde el método hermenéutico el análisis del discurso que se despliega en el proceso de tratamiento de un caso clínico, puede mostrar, descifrar y develar el origen del síntoma y del malestar del sujeto. Discurso que le permite simbolizar, resignificar,

conectar, construir, armar una historia por ejemplo. Una historia singular, que por lo tanto será su propia historia, su propia verdad; la verdad que emerge como sujeto del inconsciente. En ese sentido, ese discurso aunque sea un niño, sólo le pertenece a él. Es con sus deseos, identificaciones, defensas, miedos, recuerdos, olvidos, entre otras cosas; que son expresadas a través de palabras, gestos, silencios, síntomas, sueños, y muchas cosas más; que revelan, que es un sujeto que se ha apropiado del lenguaje o que el lenguaje habita en él.

Siguiendo al psicoanálisis, cuando se parte de una premisa del determinismo psíquico que es una condicionante más que una condena, en el sentido de que nada es obra de la casualidad; descifrar palabras, actos, dibujos, juegos, silencios, gestos, entre otras cosas más; que se despliegan durante el tratamiento de un caso clínico, supone conocer la estructura psíquica que determina esa producción y que seguramente excede al sujeto mismo, puesto que muchas de ellas o la mayoría tienen un origen como se dijo anteriormente de manera inconsciente.

En el artículo de Freud *Sobre la iniciación del tratamiento (1913)*, donde propone algunos consejos sobre la técnica psicoanalítica realiza una advertencia que vale la pena reflexionar.

Sin duda, el médico analista es capaz de mucho, pero no puede determinar con exactitud lo que ha de conseguir. Él introduce un proceso, a saber, la resolución de las represiones existentes; puede supervisarlos, promoverlos, quitarle obstáculos del camino, y también por cierto viciarlo en cierta medida. Pero, en líneas generales, ese proceso, una vez iniciado, sigue su propio camino y no admite que se le prescriban ni su dirección ni la secuencia de los puntos que acometerá. (Freud, 1913, pág. 131-132).

Esto es, que una vez iniciado el proceso de tratamiento con el paciente bajo la premisa de la asociación libre, donde lo que se privilegia es la escucha por lo que no podrá dirigirse ese discurso a lo que el terapeuta quiera saber, sino lo que el sujeto quiera decir, con la idea que mediante el discurso y mediante la palabra se exprese ese malestar que lo agobia y del cual desea liberarse.

Por lo cual el inicio del tratamiento siempre comienza con lo siguiente, según la afirmación de Freud, "...no interesa para nada con que material empiece –la biografía, el historial clínico o los recuerdos de la infancia del paciente-, con tal que se deje al paciente mismo hacer su relato

y escoger el punto de partida.” (Ibíd., pág. 135). En ese sentido, la asociación libre se basa en las ocurrencias o ideas involuntarias que se atraviesan en las asociaciones, donde las relaciones de sentido es una relación de palabras lo que permite a través de la escucha los fallos y equívocos del lenguaje, que a su vez permiten escuchar lo que el sujeto no quiere decir (porque no lo sabe), lo que hace posible la enunciación del deseo inconsciente.

Eso quiere decir que el trabajo con un infante no es nada más la observación o el conocimiento de un proceso de crecimiento evolutivo o cronológico; sino que se toman como algo fundamental las vivencias y vicisitudes propias del devenir de la infancia, momentos fundantes de la estructuración psíquica del infante; como el deseo de los padres por ese hijo, el atravesamiento del Complejo de Edipo, la constitución de la sexualidad, entre otras cosas significativas que producirán efectos en su devenir como sujeto.

Desde esa perspectiva entonces, se toma en cuenta también la palabra y el discurso de los padres como los referentes que sostienen desde los diferentes aspectos al niño, puesto que depende de ellos, en ese sentido está alienado a los deseos de los padres, como una alienación propiamente constitutiva, necesariamente este otro materno y paterno lo anticipa y lo constituye, tal como lo plantea Lacan,

...el primer efecto de la imago que aparece en el ser humano es un efecto de alienación del sujeto...el deseo mismo del hombre se constituye, nos dice, bajo el signo de la mediación...la cual aparece en sus más primitivas necesidades, como por ejemplo en la circunstancia de que hasta su alimento debe ser preparado. (Lacan, 1966, p.171-172).

Para Lacan, esto que hace mediación y que constituye al sujeto, es el lenguaje, es el que lo recibe y al mismo tiempo lo aprisiona, lo aliena, como si esto fuera una dictadura, pero es una dictadura signifiante, en el sentido de que es una ley que ordena que el padre y la madre asuman esa responsabilidad frente a ese niño recién llegado que se viene a insertar a este mundo.

Los padres al hacerse cargo de ese recién nacido, al adoptarlo y nombrarlo, ponen en juego sus deseos; qué quieren para ese niño, cuáles son sus expectativas, entre muchos deseos más. Por

ello cuando estas expectativas o deseos no son cumplidos se presentan demandando atención para ese hijo: ese niño, infante, menor, sujeto, entre otros adjetivos con que se le nombra; que muestran la polisemia para nombrar a ese ser o ente. También se le nombra coloquialmente como: “mi hijito”, “este niño hiperactivo”, “travieso”, “desobediente”, “rebelde”, que al igual que lo anterior lleva reflejada la emergencia de la demanda que encarna ese sujeto.

Los progenitores al nombrar al infante a veces como: desatado, violento, desadaptado, desobediente, pero principalmente como ente sin palabra; como si fueran solamente cuerpos que se desbordan, que no tienen límites, que no responden a las voces, a las órdenes, a los riesgos, a la mirada de los padres; esto les genera un malestar, que cuando perciben como se precipitan estos síntomas; ellos mismos se quedan sin palabras; es decir, cuando ya no saben cómo nombrar esos actos, ya no saben qué hacer, “no sé qué le pasa”, “le hablo y no me obedece”, “ya no quiero pegarle”, entre otras quejas más.

Es ante estos síntomas que invaden el círculo familiar, social y escolar, cuando inicia esa preocupación de los padres por buscar ayuda, ya no basta decir que “sólo es un niño” o “ya se le pasará”, pero sobre todo cuando después de varios intentos por corregir su comportamiento se dan cuenta que ya no saben qué hacer con eso, que algo está funcionando mal.

Partiendo de todo lo anterior este trabajo de discusión y análisis de casos clínicos parte de las premisas que muestran que cada sujeto tratado es un caso clínico único, es un caso en tanto intenta una solución particular a su malestar, esto es, su síntoma. Este síntoma se representa cuando el sujeto tropieza con ese tope donde frente a eso imposible de soportar se hace evidente su dimensión clínica, su modalidad de goce, su patología y su saber qué hacer con él.

Cada caso clínico es particular e irrepetible, al que no se le puede imponer un modelo que se repite, que no busca encontrar el saber ya constituido, sino la transmisión de un saber nuevo, de un saber hacer de cada caso concreto, que atañe a la singularidad de su posible cura o solución, al modo como el sujeto se las arregla con eso que le hace síntoma, le molesta, lo hace sufrir y le parece insoportable

Entonces, cada caso clínico pone en tensión la teoría y la práctica, donde bajo el enfoque de la disciplina psicoanalítica esto se pone en juego en cada sujeto y su malestar, desde donde se

pretende anudar las particularidades que el sujeto ha inventado, encontrado, repetido como solución apareciendo una variedad infinita para explorar. Es el ordenamiento alrededor de un núcleo central que fundamentado en la teoría y con el caso en particular mantiene una relación de tensión ya sea para ejemplificarlo o problematizarlo, es decir, hacer la praxis.

El caso clínico entonces nos sitúa en esa relación que va de la teoría a la práctica en una praxis, en ese sentido, una praxis no es una aventura intelectual solamente, ni una vivencia contemplativa, ya que no es un quehacer o actividad exterior al agente del discurso. Para Miller (2009), “la praxis de un análisis en un tratamiento es un sufrimiento, es una queja, es la declaración de un ser que quiere cambiar” (Miller, 2009, Pág. 254), donde el sujeto con su acto de hablar en su propio nombre, pueda conquistar subjetivamente su deseo inconsciente y colocarse en ese lugar que le muestre su incompletud.

El caso clínico nos muestra que el sujeto está afectado por su historia singular no por su biografía contada cronológicamente. Esta historia es lo que resulta del efecto del tratamiento, de ahí que el material con el que se trabaja sea el que el sujeto ha producido, en ese sentido, es un producto totalmente subjetivo. Es en esa historia donde el sujeto se pone en primer plano como responsable de sus actos, sus repeticiones, las marcas que han quedado en el inconsciente.

El caso clínico debe guardar el anonimato por lo que la confidencialidad de los datos del sujeto son en atención a una ley de protección: la ética. Por lo tanto la confianza del paciente en el terapeuta pasa por una regla ética fundamental: no debe decir lo que escucha sobre él o sobre sus allegados, sobre su historia o su vida cotidiana a otros. ¿Cómo exponer un caso clínico entonces? Es la ética que se mantiene en la exposición de un caso donde no se incluyan datos de la persona que develen su identidad ni sea identificable, es un trabajo de escritura que incluye el tacto y la discreción, donde se respeta la intimidad, sin hacer juicios de valor y sin juzgar sus decisiones.

Bajo estas premisas se enmarcarán las discusiones y el análisis de los casos y como se mencionó en la metodología, la investigación consiste en la atención de casos clínicos de dos menores con edades de 7 y 9 años, considerándose como un periodo donde el niño se está

estructurando psíquicamente, donde para ello depende de la estructura familiar, de las figuras parentales principalmente.

III.1 Caso 1. Alfredo: “cuando no desquita su enojo dice que lo va a matar”

Alfredo es un menor de 7 años de edad, de sexo masculino, que cursa el segundo año de primaria, es el primer hijo de un total de 4 miembros de la familia. La familia está compuesta por el padre de 36 años de edad, con estudios de Licenciatura en Educación Física, actualmente labora en una escuela primaria, la madre con 34 años de edad, con estudios de Licenciatura en Trabajo Social, actualmente es empleada de gobierno y su hermana de tres años.

La madre es la que solicita la atención en la CAP con el siguiente motivo o demanda “...*mi hijo es muy agresivo, se altera demasiado, empieza a insultar, a aventar cosas y a decir con quien se esté peleando que lo va a matar...a pesar de que está muy pequeño todavía para decir esas cosas, cuando se enoja o se pelea con alguien no se puede contener...y a mí me preocupa mucho porque está muy pequeño todavía para que se ponga así y diga esas cosas como si fuera un adulto*” (Entrevista 1, madre de Alfredo. Fecha 06/11/2015).

La madre es la que brinda la información de la conformación y la dinámica familiar; ella dice que su esposo trabaja como profesor de educación física en un municipio del norte de Chiapas desde hace 9 años por lo que cada fin de semana viaja a Tuxtla Gutiérrez para convivir con ellos. Relata que el padre es una persona que consume alcohol en exceso desde hace muchos años incluso desde antes que se casarán. Cuando llega a visitarlos y durante el fin de semana se va con sus amigos o familiares a tomar hasta embriagarse.

La madre estudió Licenciatura en Trabajo Social y actualmente es empleada de gobierno. Cuando su esposo se fue a trabajar fuera de Tuxtla Gutiérrez al norte de Chiapas, ella se fue con él para estar juntos, pero como consumía demasiado alcohol empezaron a tener muchos problemas de pareja y por lo mismo de violencia, ya que él es muy agresivo cuando está en estado de ebriedad. En ese lapso nació *Alfredo*, sólo estuvo cuatro años con él en el norte de Chiapas y se regresó nuevamente a Tuxtla Gutiérrez. Cuando retornó a Tuxtla Gutiérrez, el niño tenía tres años y según ella había vivido todos los problemas que ellos habían pasado,

atribuyéndolo a la forma de consumir alcohol en exceso de su esposo. “...mi esposo igual siguió tomando pues... igual pues... luego yo creo de tanto alcohol como que se pone muy agresivo...” (Entrevista 1, madre de Alfredo. Fecha 06/11/2015). Ya estando en Tuxtla, nació su segunda hija que ahora tiene tres años.

La madre describe a *Alfredo* como un “buen niño”, que le gusta jugar, comer bien y hace su tarea. Sin embargo lo que ha observado es que “...de repente mi hijo es muy agresivo, cuando se pelea con otro niño...con su primo empieza a gritar, a insultar, a golpear como si fuera un adulto y lo que más me preocupa es que si no puede desquitar su coraje, empieza a decir que lo va a matar..., y lo hace con un coraje que hasta me da miedo” (Entrevista 1, madre de Alfredo. Fecha 06/11/2015).

Ella cuando ha visto este comportamiento que considera que no es normal trata de calmarlo, de regañarlo para que no diga esas cosas, pero, “...cuando yo le hablo, Alfredo reacciona de manera agresiva a las llamadas de atención y me empieza a patear o a pegar con las manos porque no ha desquitado su enojo... su coraje, diciendo que lo deje que no me meta....y se pone a llorar y a decir groserías” (Entrevista 1, madre de Alfredo. Fecha 06/11/2015).

Durante la primera sesión cuando se le pregunta a *Alfredo* si sabe porque lo han llevado a la CAP, dice que, “...es que... cuando me peleo con mi primo... le grito que lo voy a matar y eso a mi mamá no le gusta...dice que no estoy loco para decirle eso...pero no es cierto...yo lo digo nada más en ese momento” (Sesión 1 con Alfredo. Fecha 06/11/2015).

Además dice que casi siempre se porta bien pero que a veces se ha portado mal principalmente con su mamá, “...es que también me he portado mal con ella, a veces le he gritado o pateado cuando estoy enojado...mi mamá dice que aquí me van a ayudar para que ya no sea así.”(Sesión 1 con Alfredo. Fecha 06/11/2015).

Se le pregunta a *Alfredo* si quiere acudir a este lugar y hablar de eso que le pasa y él acepta acudir a la CAP. Durante la sesión se muestra tranquilo, presta atención a las indicaciones y se expresa con una fluidez verbal adecuada a su edad.

Se le pidió a Alfredo dibujar a su familia según la técnica de este test creado por Porot (1952) y modificado por Corman (1961). (Ver Dibujo 1, en el anexo). Es una técnica de dibujo libre

donde se expresa de manera proyectiva como se percibe el sujeto de manera subjetiva y donde se ubica en relación a su familia. Lo que se observa como algo significativo es que Alfredo tiene bien conformada subjetivamente a los miembros de su familia. Sobresale también como se ubica a lado de la madre (de derecha a izquierda) en contacto con ella y muy alejado del padre, incluso el padre está flotando lo que indica su inconstancia. Cuando se le pregunta a Alfredo sobre su familia, señala lo siguiente “...ella es mi mamá y es buena conmigo, ella es mi hermana y a veces peleo con ella y él es mi papá, a él lo veo muy poco, sólo cuando viene...pero casi no platica conmigo”. (Sesión 5 con Alfredo. Fecha 11/01/16).

Sobre los primeros síntomas de agresión y la dinámica familiar, la madre de *Alfredo* relata que estas reacciones explosivas y agresivas empezaron desde cuando *Alfredo* tenía 5 años, ella y su esposo no le tomaron tanta importancia en ese entonces, sino sólo hasta ahora le preocupa mucho a ella porque considera que no es normal que el niño reaccione así. Desde hace tiempo le expresó al padre quien no compartía esa preocupación, y siempre era motivo de discusiones de tal manera que nunca llegaban a algún acuerdo.

Se le pidió a la madre que acudiera el padre del niño, si embarco de las dos ocasiones que se le solicitó asistir a la CAP, hizo caso omiso. Según la madre de *Alfredo*, argumentando falta de tiempo. En la tercera entrevista con la madre se le envió un escrito solicitando su presencia en la siguiente cita para tratar asuntos relacionados con su hijo. El padre asistió mostrando desacuerdo con la madre en relación al problema de *Alfredo*, expresando durante la entrevista cuando acudió a la CAP, que, “...*Alfredo* todavía es un niño muy pequeño... ya se le pasará, además el niño está creciendo y considero que es normal su comportamiento. Yo le hablo, platico con él cuando vengo los fines de semana...le digo que se porte bien, que no se pelee con su hermanita, que le haga caso a su mamá. Él me dice que se va a portar bien con su mamá y con su hermanita...yo creo que mi hijo no está loco para que este viniendo aquí (Entrevista 4, padre de *Alfredo*. Fecha 07/12/2015).

Ante estas ideas se le explica al padre en que consiste el tratamiento y se le pregunta si tenía alguna duda al respecto. Con la explicación sobre el proceso de tratamiento cambia su actitud mostrando al final de la entrevista más apertura y aceptando acudir para seguir hablando del problema de su hijo. Reconoce que su esposa le reclama y le exige que le hable al niño, que lo corrija, lo regañe, incluso que le pegue cuando ha cometido alguna travesura porque a ella no le obedece, esto se lo dice cada vez que viene a Tuxtla Gutiérrez los fines de semana. Sin embargo expresa ante este pedido de la madre que, *“...es que el tiempo que paso con mis hijos cuando estoy con ellos es poco, porque vengo los viernes y me regreso los domingos... y si sólo va a ser para castigarlos, regañarlos o pegarles después no van a querer convivir conmigo... además Alfredo todavía está chico, hay cosas que poco a poco va a ir aprendiendo todavía... como a controlarse... es que es un niño todavía, no lo puedo tratar como a un adulto”* (Entrevista 4, padre de Alfredo. Fecha 07/12/2016).

La madre considera que la situación por la que atraviesan como familia desde que *Alfredo* estaba pequeño le ha afectado mucho. La relación familiar ha sido de constantes discusiones de pareja, pleitos y agresiones entre ellos, que el niño ha presenciado o incluso ha sido participe de alguna manera, como en una ocasión que tuvieron una discusión con su esposo que estaba en estado de ebriedad, *“mi esposo ese día estaba tomando... que agarró su mochila y ese día se la llevaba y tenía la lap y pues, entonces por yo quitarle la lap agarró y me pegó, entonces ahí fue un... ahí empezamos el pleito, el chiste que él (el niño) gritaba pues gritaba y ya unos vecinos de al lado fueron y lo llevaron, lo sacaron...”* (Entrevista 2, madre de Alfredo. Fecha 23/11/2015). Como se observa la expresión de actitudes violentas al interior de la familia ha sido de manera recurrente durante varios años lo que ha podido constituirse como una forma para encarar los problemas o desacuerdos, la expresión del enojo o desagrado frente a una situación. Esto tornó caótica la situación familiar en muchos aspectos, principalmente en cuanto a ver la figura paterna como una figura de autoridad, porque por un lado la madre le exige al padre tomar el lugar de autoridad frente a *Alfredo* y por el otro el padre se reusa a asumir ese lugar por temor al rechazo de ambos hijos.

De igual forma, se encuentra que en la familia de *Alfredo* aparentemente se ha legitimado el uso de actos violentos, como golpes, gritos y amenazas en las relaciones entre padres e hijos; actos que son aceptados como una forma común de corregir comportamientos, solucionar conflictos e incluso interactuar en la cotidianidad, asumiéndola como una forma de expresión a veces sin consecuencias que pongan límite a estos actos, tal como lo expresa la madre de Alfredo,

“...cuando Alfredo está peleando empieza a decir ...y que él es hijo de tal, con groserías y... agarra y... a veces su ira es... no lo puedo controlar. A veces lo agarro y tiene...tiene fuerza pues...y como no dejo que se desabogue termina llorando...ya cuando se pasa su cólico ya le digo a ver explícame... ¿qué fue lo que pasó? ¿Porque te peleaste? ¿Por qué esto...?...él no dice nada pero se ve su coraje por que no se ha desquitado” (Entrevista 2, madre de Alfredo. Fecha 23/11/2015).

En las relaciones familiares a veces existe una imposibilidad de hacer mediar la palabra sobre la agresión, de dialogar o bien de transformar las tendencias hostiles en otros fines. Así *Alfredo* ha vivido la violencia desde pequeño ya sea como espectador o víctima tal como lo relata su madre, *“... y él (Niño) así se fue creciendo pues... y desgraciadamente yo caí en el... en el... en el error de que yo me desquitaba con él, con el niño, a veces yo le pegaba, le gritaba... y por cualquier cosita yo le pegaba...”* (Entrevista 5, madre de Alfredo. Fecha 11/01/2016).

Para Alfredo, no han pasado desapercibidas las experiencias violentas de ambos padres porque han generado un sinnúmero de problemas con el paso del tiempo. Estas manifestaciones de violencia en las relaciones han generado algunos síntomas que pueden estar representando entre otras cosas miedos, expresiones de coraje o enojo e incluso odio, falta de control de impulsos en algunas situaciones, como lo ha manifestado en algunas ocasiones, *“...entonces el niño así se crece pues... así se va creciendo pues con nosotros... y que no le puede decir nada porque aborita porque contesta, se enoja, avienta esto o si lo mando a hacer algo dice -no lo quiero hacer, que tu cállate y todo...”* (Entrevista 5, madre de Alfredo. 11/01/2016).

Paralelo a estos sucesos familiares Alfredo expresa que la relación con su padre es buena, que cuando llega los fines de semana conviven y juegan, salen a pasear entre otras cosas. La relación con el padre aparentemente es de acercamiento y aceptación, lo que permite que la relación con la figura paterna sea de reconocimiento, puedan convivir y mostrarse afectos, *“...ya con él con su papá si se llevan bien pues, juegan, pero hace poco pues...”* (Entrevista 6, madre de Alfredo. 18/02/2016/), así también según él niño tal como lo expresa, en el siguiente dialogo cuando se le pregunta la relación con su padre:

Ps: Juegas... ¿Con quién juegas...?

Alfredo: Con mi papá...

Ps: ¿A qué juegas con él...?

Alfredo: Fútbol, vamos a la cancha a jugar... (Sesión 4, con Alfredo. Fecha 07/12/2015).

Así mismo, como lo reconoce la madre al menos en el ámbito escolar las manifestaciones de agresividad no se han presentado, tampoco han generado problemas de disciplina o llamadas de atención que se consideren como comportamientos de agresión o violencia dirigidas a sus compañeros de la escuela, donde mantiene una relación amistosa y estable con ellos. “...yo no sé la verdad...pero de ahí pues él en la escuela va bien, va bien nada más que su ira no lo controla, no sabe controlar...que no lo necesita porque no es un niño agresivo... es... en la escuela va... le vuelvo a repetir va bien... en la escuela no es tan agresivo...” (Entrevista 7, madre de Alfredo. Fecha 25/01/2016).

También Alfredo, cuando habla de la escuela dice que la relación con sus compañeros de salón es buena, no ha tenido reportes por mala conducta, expresa que le gusta ir a la escuela, “...me llevo bien con todos, juego con mis amigos en el recreo, jugamos fútbol, a las escondidas y a veces trompo” Cuando se le pregunta si se ha peleado en la escuela con alguien dice “...no en la escuela no me he peleado con nadie, me llevo bien con todos, sólo jugamos”. La actitud de Alfredo durante las sesiones es de cooperación, realiza todas las actividades que se le asignan, él dice que le gusta asistir a la CAP, “...me gusta venir aquí porque platico lo que me pasa, juego a veces y me gusta dibujar...” (Sesión 7, con Alfredo. Fecha 25/01/2016)

III.1.1. Informe del tratamiento e intervención

Durante el transcurso del tratamiento que duró aproximadamente 7 meses (de noviembre de 2015 a mayo de 2016) la respuesta de ambos padres es de colaboración, aun cuando el padre al principio se mostró escéptico y con menor expectativa respecto al tratamiento, puesto que para él su hijo no estaba loco; sin embargo cuando se solicitó su asistencia de manera escrita, el padre acudió a la cuarta sesión. Para Dolto (2006), esto es importante, porque cuando el padre se rehúsa a asistir es necesario hacerle saber que su presencia es indispensable para conocer su punto de vista, “...para un hijo, el padre debe conocer al psicoterapeuta y tomar decisiones sobre el trabajo, si no su niño, puede creer que está embarcado en una vía, donde las mujeres solas, deciden sobre su destino” (Pág. 96). En subsecuentes ocasiones acudió 3 veces más,

argumentando que por cuestiones de su trabajo fuera de Tuxtla Gutiérrez tenía que pedir permiso para poder asistir.

Es de reconocer que este acto fue significativo; tuvo efectos en el niño cuando expresa que el padre está más pendiente de él. Con respecto a la madre disminuyó la angustia y desesperación mostrada al principio, puesto que ahora comparte con él esta preocupación y le da lugar al padre para que asuma la responsabilidad que le corresponde; en otras palabras, se da cuenta y asume que el niño necesita de ambos. Una manera de expresar ese proceso en el caso de Alfredo fue a través de la técnica del dibujo del HTP de Buck (2008) en el que se puede observar cuando ya manifiesta una relación familiar más integrada, ubicando a ambos padres más cerca de él afectivamente (Ver dibujo 2 en anexo).

La actitud del padre respecto al tratamiento fue cambiando y fue asumiendo ese lugar de autoridad que sólo había quedado en la madre y que ella había asumido en un principio por la aparente ausencia del padre, “...ahora cuando vengo los fines de semana estoy más pendiente de Alfredo, le pregunto cómo se ha portado, si ha hecho su tarea y trato de corregirlo y le aconsejo que le debe hacer caso a su mamá...” (Entrevista 12, padre de Alfredo. Fecha 29/02/16). Esta forma de trato del padre relacionado a las reacciones de Alfredo tuvo un efecto observándose una disminución en el síntoma de agresión. También el padre menciona que, “...estoy tratando de ser mejor padre para mis hijos, aunque todavía tengo diferencias con mi mujer, pero poco a poco vamos educándolos”. (Entrevista 12, padre de Alfredo. Fecha 29/02/16). Según Mannoni en la primera infancia casi siempre los síntomas son de reacción frente a dificultades de los padres, convirtiéndose en portavoces de sus conflictos. Donde el lenguaje se detiene, lo que sigue hablando es el síntoma.

La madre también empieza a mostrar otra actitud con respecto a Alfredo puesto que ahora empieza a consultar al padre y toman decisiones juntos, hablando entre ellos sobre los acontecimientos del niño, teniendo más diálogo en relación a las necesidades de ambos hijos, así como prestando más atención respecto a sus necesidades afectivas, educativas y de socialización con otros niños. “...es que antes no platicábamos, él venía a Tuxtla y lo único que hacía era ir a jugar fútbol y emborracharse con sus amigos. Cuando regresaba ya peleábamos...y al otro día yo le reclamaba y él no me hacía caso...y Alfredo se daba cuenta. Ahora poco a poco empezamos a hablar más... él ya me escucha más y le habla más al niño”. (Entrevista 12, madre de Alfredo. Fecha 29/02/16).

Conforme se fueron dando las sesiones Alfredo se desenvuelve más en su forma de hablar, expresa sentimientos y emociones más abiertamente. Así mismo puede dirigirse con más confianza hacia ambos padres. *“...cuando vamos a caña bueca a jugar futbol...platico más con mi papá, me pregunta si quiero algo de la tienda... y a veces me pregunta también cómo voy en la escuela, cuando voy a tener examen, que calificaciones he sacado...y así pues”*. (Entrevista 14. Sesión con Alfredo. Fecha 28/03/16).

Estas relaciones van dando lugar a la instalación de la palabra ante ese síntoma; para Alfredo es ese llamado al padre para estar ahí donde hace falta, pero que no sólo es la presencia, sino principalmente aquello que hace falta: es lo simbólico que se sitúa y que sustituye al padre, es decir, la metáfora paterna. Para Lacan el padre no es un objeto real, es una metáfora. Es un significante que aparece en lugar de otro significante, un significante que ha reemplazado a otro significante. Y esa es la única incumbencia esencial del padre dentro del Complejo de Edipo.

III. 2. Caso 2: Jesús “mi papá es muy bueno”

El segundo caso es otro menor de sexo masculino de 9 años de edad, que cursa el cuarto año de primaria, es el último de un total de 6 miembros de la familia. La familia de “Jesús” la componen el padre de ocupación albañil de 52 años de edad, la madre de ocupación en el hogar y en labores domésticas en otros domicilios de 47 años y tres hermanos mayores, una hermana de 17 años, quien ya está casada y tiene un bebé de un año; la segunda hermana de 15 años estudiante de tercero de secundaria y un hermano de 13 años que cursa el primero de secundaria. En este caso el padre es el que solicita la atención en la CAP argumentando la siguiente demanda, *“mi hijo Jesús tiene muchos problemas en la escuela, se pelea con otros niños, ha tenido muchos reportes de la escuela por su comportamiento agresivo, se pelea con sus hermanos, se golpean, se insultan y termina llorando y enojado cuando le pegan”*. (Entrevista 1, padre de Jesús. Fecha 13/01/2016).

El padre dice que anteriormente cuando Jesús tenía 7 años lo llevó con un psicólogo por la misma razón con quien asistieron dos veces, pero por falta de recursos económicos ya no continuó su tratamiento. El padre se muestra preocupado porque su hijo cada vez empeora más, *“yo lo aconsejo, le hablo bien, le digo... hijito pórtate bien... nada te cuesta... yo no te quiero estar*

pegando cada rato...no eres animal para que no me entiendas. Él me dice que ya no va a volver a pelearse en la escuela o con sus hermanos...pero al rato o al otro día vuelve otra vez lo mismo, me vuelven a dar quejas o reportes de que hizo esto o le pego o se peleó con otro niño” (Entrevista 1, padre de Jesús. Fecha 13/01/2016).

El padre dice que en la casa se pelea con sus hermanos, se agarran a golpes o a patadas principalmente con su hermano de trece años, *“con su hermano cada rato se pelean... yo le digo al más grande no le pegues porque Jesús es más pequeño que tú, pero su hermano dice que Jesús lo molesta y siempre terminan peleando. Entonces Jesús se enoja porque su hermano le pega y ahí está hablando, molestándolo, queriendo desquitarse, lo que hago es que a los dos les llamo la atención y a veces les pego a los dos. Con sus hermanas también se pelea pero es menos... sólo cuando no quiere ir a hacer un mandado empieza a decir que vaya ella (su hermana de 15 años)...porque sólo a mí me mandan y empiezan a pelear” (Entrevista 1, padre de Jesús. Fecha 13/01/2016).*

El padre dice que decidió traerlo a la CAP porque el último reporte que le mandó la escuela le preocupó mucho, *“es que Jesús agredió a otro niño con quien se estaba peleando y le enterró un lápiz en el hombro al otro niño, entonces la maestra nos mandó a llamar a los papás, porque nos dijeron que no puede seguir así en la escuela...porque lo que sigue sería que lo saquen...que lo expulsen pues y yo no quiero eso...realmente su mamá y yo ya no sabemos qué hacer con Jesús...por eso lo traje a ver si aquí me lo pueden tratar”. (Entrevista 1, padre de Jesús. Fecha 13/01/2016).*

Durante la primera sesión con Jesús, se muestra sonriente, cooperativo, con un tono de voz bajo (apenas se le escucha), su complexión es delgada de estatura baja, aparentando menor edad a la que tiene. Cuando se le pregunta porque cree que lo han llevado a la CAP dice, *“creo que porque me peleo mucho con mi hermano...cuando yo voy viendo mi tele y él llega y me empieza a molestar, le digo a mi papá y le pega...y cuando no está mi papá, le digo a mi mamá que me molesta para que le diga a mi papá que me molesta y le pega pues porque anda molestando y yo no lo ando molestando a él” (Sesión 1, con Jesús. Fecha 13/01/2016).*

Cuando se le pregunta si cree que hay alguna otra razón por la que lo llevaron a la CAP dice, *“...bueno es que también me he peleado en la escuela con otros niños y la maestra me ha llamado la atención, pero es que hay niños que me molestan mucho...y yo no me dejo que me peguen y cuando me molestan terminamos peleando...por eso me han llevado a la dirección y le mandan reportes a mi mamá”. (Sesión con*

Jesús. Fecha 13/01/2016). Jesús se muestra accesible y cooperativo. Acepta acudir a las sesiones para tratamiento explicándoles que puede hablar de lo que piense o desee.

Jesús dibuja a través del test de la familia, a los 5 miembros de su familia e incluye también a su cuñado y sobrino (Ver dibujo 3 en el anexo). Se observa que proyectivamente y subjetivamente tiene bien conformada su familia. Él se ubica al lado de la madre (de derecha a izquierda) casi en contacto con ella, al padre lo ubica al lado de la madre. La relación con el cuñado es muy buena por ello lo ubica más cerca que a los hermanos, cuando se le pregunta cómo es la relación con él, dice “...*mi cuñado me ayuda a hacer mi tarea y me da dinero para comprar dulces*” (Sesión 6 con Jesús. Fecha 17/02/2016). Jesús reconoce que la relación con sus hermanos es conflictiva, principalmente con su hermano mayor, probablemente por ello, en el dibujo está más lejos de él.

Se realizó una entrevista con la hermana de Jesús de 15 años que en la segunda sesión lo acompañó y ella dice que Jesús “...*bueno él se porta mal, él se porta mal, o sea es muy inquieto, muy travieso, muy rebelde. Tengo mis hermanos, los que están más grandes que él, son iguales pero es peor mi hermanito. O sea que si le dice algo; que no que ven a hacer la tarea, se enoja. O que vamos a tal lugar, no quiere ir.* (Entrevista 2, hermana de Jesús. Fecha 20/01/2016).

Su hermana expresa también que cuando están en su casa ya sea conviviendo o platicando Jesús se aísla de ellos y su actitud es de enojo, ...y *o sea no... no se quiere unir, o sea cuando hacemos un convivio, no le gusta, se...se hace un lado. Yo diría que mi papá lo trajo por la manera en que se comporta, para mejorar esa... este... esa esa actitud que tiene. Pues eso está que si le manda uno a hacer la tarea se enoja, no quiere hacer. Y este si se pelea con mis hermanitos, él hasta se agarra el cabello de nervios*” (Entrevista 2, hermana de Jesús. Fecha 20/01/2016).

La madre acude con Jesús a la CAP y en entrevista también se expresa así de él, “...*mi Hijo Jesús a pesar de ser el más pequeño es con el que más problemas tengo, y eso que a todos mis hijos los hemos tratado igual, ...pero Jesús es muy peleonero, rebelde, solo anda enojado porque lo mando a hacer un mandado o un quehacer de la casa...empieza a decir un montón de cosas que a veces ni le entiendo...se le va la boca...yo lo regaño y le digo le voy a decir a tu papá cuando venga...y él me dice...no me importa...y se sale de la casa a la calle...le estoy hablando y no me hace caso*” (Entrevista 4, madre de Jesús. Fecha 03/02/2016).

Cuando se le pregunta a la madre a donde se va Jesús cuando se sale a la calle enojado, dice... *se va a jugar con otros niños, amiguitos vecinos de la misma cuadra, se van a la cancha a jugar pelota...ya cuando viene su papá le digo y ya lo regaña o le pega...pero ni así me hace caso a veces...es necio...yo le hablo con cariño, le digo hijito ya estas grande...ya entendes...ya no te quiero estar regañando o pegando...y él nada más se queda callado y no dice nada, levanta los hombros y se queda serio”* (Entrevista 4, madre de Jesús. Fecha 03/02/2016).

En la escuela expresa que ha tenido muchos reportes, muchas quejas de las maestras, por lo que dice “...*por lo mismo, o sea es mala conducta. Que ya le pegaba al amiguito, que... o que ya algo al compañerito o así. Y... pues no le gusta trabajar en la escuela, hasta la fecha de hace como tres meses para atrás, muy cerrado él, onde me decía que ya no quería ir a estudiar. Que no quería, porque es muy flojo para levantarse y... y cada vez que lo levanto, lo levantaba pues para irse a la escuela es un problema porque ya no quiere ir a la escuela, me dice enojado ¿para qué me mandas? Y eso a veces a mí me preocupaba porque a veces lo mandaba uno a la fuerza y... y eso me ponía más preocupada porque a veces como iba a la fuerza, no iba a hacer nada, sino que iba a molestar a los demás niños”* (Entrevista 4, madre de Jesús. Fecha 03/02/2016).

Cuando se le pregunta a la madre como es la relación de Jesús con su padre, ella dice...

Ps: *¿Y con su esposo? Con su papá ¿Cómo es la relación con él?...*

Madre: *“Pues él, prácticamente no, este no se incluye en lo que es este a escuela, o sea prácticamente llega mmm... no participa en cuestiones escolares. En cuestión de lo que es educación. O sea prácticamente lo tengo yo, este en todo...”*

Ps: *¿Por qué no lo hace? ¿Hay un acuerdo entre ustedes?*

Madre: *“mmm... una por su trabajo, otra porque él no tiene estudios, o sea prácticamente no sabe leer. Y me dice, pues no, chécalo tú, tú entiendes todo y velo tú. Bueno entonces así siempre ha sido. Pero hay momentos que digo, que yo también le he dicho, ponle atención, ve a las juntas, preocúpate por tu hijo, por tus hijos le digo. Y cuando tiene tiempo pues si lo hace, pero cuando no, de plano este no...o sea todo lo tengo que ver yo, y este, eso es, pero si es un papá muy este, muy cariñoso con sus hijos. Este... o sea lo demuestra pues...él es muy buen padre...”*

Ps: Pero digamos, ¿Jesús le hace caso a su papá? Cuando él dice una orden, cuando da una indicación, pone una regla, cuando... ¿Lo regaña, pone normas o... castigos?

Madre: “Aja, si hay veces que si las cumple y en lo que, las reglas que se le ponen pero... cuando se le pone algún reglamento, lo cumple un día, dos días, pero ya pasó esos dos días y se le vuelve a olvidar y vuelve a ser el mismo Jesús. He igual también, o sea hay momentos que si le obedece al momento que le habla o le ordena algo, pero de ahí, este no, no... no, es igual no obedece, hasta que ya ve que yo agarro el cinturón ahí si entonces si obedece” (Entrevista 5, madre de Jesús. Fecha 10/02/2016).

Esto que dice la madre se confirma con lo que dice el padre, cuando expresa como es el tratamiento con Jesús,...*Si es bastante terquito, entonces yo le digo que le obedezca a su mamá porque ella es una... es su madre y él tiene que obedecerle. Y yo como papá estoy ahí también para darle consejos. Incluso yo platicaba con él anoche, este... que si él no obedece las cosas que la mamá dice las reglas van a cambiar conmigo, o sea, voy a ser más rudo yo con él, eso fue lo que platicábamos con él anoche” (Entrevista 8, padre de Jesús. Fecha 02/03/2016).*

Así lo refiere Jesús que últimamente han hablado con su papá y su mamá de lo que está pasando, “...ya no... es que lo que le dije es que...luego me platicó mi mamá y me dijo mi papá que ya no que ya no quería que fuera así. Que ya no le pegará a nadie y hasta ahorita y no, ya me estoy portando bien, desde que vengo acá ya no soy pleitista” (Sesión 8, con Jesús. Fecha 02/03/2016).

Jesús durante el tratamiento en las primeras sesiones se mostraba cohibido, hablaba poco casi con monosílabos. Poco a poco empieza a expresarse fluidamente, a decir situaciones que le pasan en la escuela, en su casa, entre muchas cosas más. Dice que con su hermana más grande se lleva bien “...Ella me ayuda mucho, sí, siempre que tengo hambre ella me hace mi comida. Cuando ella... ella me pide ayuda yo le ayudo también” (Sesión 10, con Jesús. Fecha 30/03/2016). Al igual que con su cuñado quien le ayuda a hacer su tarea.

III.2.1 Informe del tratamiento e intervención

Durante el transcurso del tratamiento que duró aproximadamente 7 meses (de enero a julio de 2016) la respuesta de ambos padres fue de cooperación y apoyo para Jesús. Como se mencionó

anteriormente en este caso fue el padre quien acudió con el niño, preocupado por los constantes problemas de agresión de *Jesús* en la escuela y en la casa. Los padres y los tres hermanos identifican a *Jesús* como el del problema desde el principio, ya que no entienden su actitud haciéndose patente en las entrevistas a los padres y una de sus hermanas.

En general *Jesús* se lleva bien con todos sin embargo se nota la poca participación del padre al dejarle a la madre su educación escolar y la atención dentro del hogar, argumentando que como no sabe leer y no tener mucho tiempo por su trabajo lo deja a cargo sólo de la madre. Por eso durante el tratamiento de *Jesús*, la entrevista con ambos padres ayudó a que el padre asumiera y se ubicara en ese lugar donde hace falta, que sólo estaba del lado de la madre; en otras palabras, a no ser visto nada más como ese “*padre bueno*” que no pone límites, que no prohíbe, en otras palabras que no castra ese deseo del sujeto. El padre de *Jesús*, no quiere cuando dice que la educación es responsabilidad de la madre “...*pues él, prácticamente no, este no se incluye en lo que es este a escuela, o sea prácticamente llega mmm... no participa en cuestiones escolares. En cuestión de lo que es educación. O sea prácticamente lo tengo yo, este en todo...*” (Entrevista 5, madre de *Jesús*. Fecha 10/02/2016).

El padre conforme avanzan las entrevistas reconoce que no ha estado pendiente de *Jesús* como estuvo de sus primeros hijos. “...*es que como es el más chiquito pues...lo hemos consentido más...le cumplimos más sus caprichos. Cuando me pide algo yo se lo compro...le digo hijito deja que yo tenga dinero y te lo compro, pero pórtate bien*”. (Entrevista 9, padre de *Jesús*. Fecha 12/04/2016). Aun cuando reconoce que a veces lo corrige, le pega fuerte; también es cierto que este acto no parece tener efectos que contengan y pongan ese límite que necesita *Jesús*. ¿Qué hace falta? Y esa es la pregunta del padre cuando dice en reiteradas ocasiones, “...*es que ya no sé qué hacer con él...no le voy a estar pegando todo el tiempo...él ya va para grandecito casi un adolescente...eso a mí me preocupa...porque yo le hablo y no me hace caso...y cuando ya estoy muy enojado le doy sus cinturonzos...*” (Entrevista 9, padre de *Jesús*. Fecha 12/04/2016). Podría decir que este padre hace parentalidad, cumple con sus obligaciones pero hace falta hacer función paterna y esa es la apuesta que no siempre se está dispuesto a correr el riesgo. Con el tiempo el padre de *Jesús* parece que lo va entendiendo así, cuando en el dibujo del HTP, proyectivamente lo incorpora a su lado como una figura que puede hacer esta función (ver dibujo 4 en el anexo).

Para Lacan es en el nombre del padre donde tenemos que reconocer el sostén de la función simbólica, que desde el albor de los tiempos históricos, identifica su persona con la figura de la ley. Y no porque el padre sea un padre “malo”, sino porque que hace presencia no sólo física, sino con su palabra instaure una ley ahí donde hace falta. La función del padre es, por consiguiente, articular al sujeto en lo simbólico; es la instancia que permite dar cuenta de la cuestión del deseo para el sujeto, y es por ese registro por donde pasa el acceso de éste al deseo. De esta manera queda instaurada internamente la ley, por la sustitución de ese padre de carne y hueso ausente, por el padre simbólico, por una palabra, por un padre muerto.

CONCLUSIONES:

La infancia, se constituye en parte de este proceso cotidiano de relaciones hostiles, viviendo en estas condiciones reciben desde los adultos dichas prácticas de violencia y suelen seguidamente reproducirlas. Para Hugo Bleichmar (1998), existen condiciones displacenteras, frustrantes e incómodas, que son capaces de activar la agresividad e implican un tipo de sufrimiento para el sujeto. La agresividad (que está disponible al interior del sujeto) es activada cada vez que el niño se siente en peligro. Esto también lo manifiestan estos casos, que de esta manera expresan lo que han vivido, llegando a manifestarse con expresiones directas de violencia.

La dinámica de la familia es central, puede obrar alternativamente como reproductora de culturas de convivencia o de violencia según los resortes que se activen. Según Roudinesco (2003), la familia en el sentido freudiano, pone en escena a hombres, mujeres y niños que actúan inconscientemente como héroes trágicos y criminales. Para el psicoanálisis, la familia, sea cual fuere su evolución y cualesquiera que sean las estructuras a las que se vincula, será siempre una historia de familia, una escena de familia. Nacidos condenados, se desean, se despedazan, o se matan unos a otros como en el mito edípico.

De acuerdo con Miller (2011), Lacan nos recuerda que la función del padre está en el corazón del Edipo, nos impone sin embargo, la consideración de una “presencia” del padre en tanto función. Que el padre este allí incluso cuando no lo está implica que su presencia se mide de otro modo: podríamos decir, por las consecuencias comprobables de que fue un instrumento del cual el niño pudo servirse. La presencia se mide entonces por sus efectos en el inconsciente

donde ese papel normativo se ejerce en un momento determinado por tomar valor de interdicción, y se instaura como ley primordial del inconsciente.

Pero como se ha dicho anteriormente la función del padre no sólo debe ser de proveedor o acompañante del desarrollo del niño que como figura parental los padres de ambos casos la cumplen al hacerse responsables de sus hijos y satisfacer sus necesidades; sin embargo también se debe ejercer la función paterna que consiste en la prohibición y en poner los límites al deseo del sujeto, de donde irrumpe de manera emergente el síntoma al buscar y hacer un llamado al padre para que nombre esa falta en sí del sujeto, donde queda esa marca como significante.

Cuando se habla de función de corte no se refiere ni a las capacidades ni a las propiedades del padre real, tampoco de una representación viril o de un padre fuerte o débil. No es fácil describir la función del padre, ya que se trata del padre como polo o lugar capaz de ejercer la función de corte, de asegurar una escisión una separación. En relación a lo anterior, un padre no es de antemano dado que implica que el hijo participe en la construcción de ese “padre” en función. Es así que el padre pasa a ser una metáfora, que Lacan denomina un punto nodal; es decir, de saber si el sujeto infantil asume, simboliza, registra, vuelve significante esa privación (del incesto) de la que la madre es objeto.

Lo que se verifica en cada caso respecto de lo que orientó el tratamiento; fue por un lado, el intento de esclarecer la implicación de la pareja parental respecto del lugar que ocupa el niño en el deseo de los padres; y por otro lado, la idea convincente desde la intervención psicoanalítica que esta operación debe apuntar a lograr la responsabilidad del niño, cómo se implicó en lo que está en juego, de tal manera que el síntoma es una más de las incógnitas que se manifiestan para responder a los enigmas de su existencia y el lugar que cada quien asume y acepta en relación al otro.

La agresividad como síntoma se manifiesta en estos casos como una manera de mostrar al otro su desacuerdo ante situaciones provocadas en la dinámica familiar, como un síntoma que permite el desahogo de las tensiones del niño ante situaciones que no puede controlar, que se manifiestan de manera compensatoria ante la frustración y la impotencia. Esto es un síntoma como un llamado a ese padre a actuar en consecuencia, asumiendo los costos y los riesgos de

ese acto pero sin el cual el sujeto no quedaría en falta. Ese es el miedo de los padres de ahora cuando Lacan habla de la declinación del padre como función, que le cuesta derivado de una mayor presión social a abandonar aquella imago que instauraba una figura paterna cercana al patriarcado, pero que le permitía asumir los costos de esa función de corte que impide al sujeto el goce aniquilante, regulándolo, poniéndole un nombre, ya que su carencia lo dejaría completo.

La estructuración del sujeto estará relacionada con el establecimiento de figuras parentales que asuman las funciones adecuadas, para darle una base segura al niño y la capacidad para colaborar en el establecimiento de una relación mutuamente gratificante. Si esto no ocurre, posiblemente se instauran en el niño, actitudes que le impiden establecer relaciones caracterizadas por la confianza y la proximidad en el vínculo. La violencia posee en sí misma la capacidad de perpetuarse, ya que anula en quien la padece la posibilidad de pensar, defenderse, y por lo tanto salir de su circuito, tal como ocurre en la violencia conyugal. En el primer caso la forma violenta de relacionarse ha generado problemas frecuentes en ambos padres de *Alfredo*, observándose desacuerdos constantes que han pasado a la violencia física lo que ha propiciado que la pareja se lastime, se insulten, se griten, entre otros problemas; como se pudo expresar en los sucesos narrados por la madre y vividos por el niño, creándole una confusión respecto a la función de la autoridad, a ese lugar paterno. Este síntoma es una llamada al padre para que con su presencia acuda a esa interdicción que como prohibición y frustración, "...de su presencia privadora, él es quien soporta la ley y esto no ocurre veladamente, sino por intermedio de la madre que es quien lo presenta como aquel que hace la ley" (Gerber, 1998, pág. 199).

En *Jesús*, el padre es tan "*bueno*" que deja que la madre se haga cargo porque "*ella sabe leer*", dejando de asumir ese lugar de figura paterna que ponga un límite al deseo del niño, está presente pero simbólicamente está ausente y no se atreve a asumir los costos de ser un "*padre malo*" que introduciría la castración del sujeto. La prohibición del incesto no es sino su pivote subjetivo; en este sentido se dirá que el Complejo de Edipo, es una ley que se da a conocer suficientemente como idéntica a un orden del lenguaje. La prohibición del incesto no es invento del padre, él se limita a dar fe de esa marca recibida con el nombre del padre, cuando fue llamado a la vida como ser hablante y parte de una cultura.

En lo que respecta a ambos niños, estos no sólo son pasivos respecto de la violencia que reciben o ejercen en esta situación social y familiar, sino que subjetivamente la actúan sin medida o sin control. Los niños no sólo encarnan la violencia que se les trasmite en los discursos parentales sino que actúan la violencia en sus ámbitos de interacción. Estas manifestaciones de violencia han generado síntomas que representan miedos, expresiones de odio, ausencia de atención en clases, falta de control de impulsos en algunos momentos. En esta red de relaciones se muestra que aun cuando la violencia puede o no estar presente en el entorno familiar también se observan actitudes familiares que han favorecido el desarrollo del sujeto.

Cuando el sujeto va a tratamiento independientemente de su edad y habla o expresa con sus síntomas aquello que la produce malestar, debemos tocar todo lo relativo a las funciones en las que se apuntala o apuntaló para advenir sujeto principalmente como se ha visto las funciones materna y paterna, coincidiendo con Lacan en Dos notas sobre el niño (1969) cuando dice, que finalmente las funciones del padre y de la madre se juzgan según una tal necesidad. La de la madre: en tanto sus cuidados están signados por un interés particularizado, así sea por la vía de sus propias carencias. La del padre, en tanto que su nombre es el vector de una encarnación de la Ley en el deseo.

REFERENCIAS

- Aberastury, A. (1970). *Teoría y técnica psicoanalítica de niños*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Adorno, T. (1951). *Mínima Moralia*. Barcelona, España. Anagrama.
- Berenguer, E., Belaga, G. (2006) *Actualidad del psicoanálisis: sujeto, trauma y familia*. Bogotá, Colombia. Cuadernos del Cid.
- Bleichmar, H. (1998). *Avances en psicoterapia psicoanalítica*. Barcelona, España. Paidós.
- Bleichmar, S. (2008). *Violencia social. Violencia escolar. De la puesta de límites a la construcción de legalidades. Novedades Educativas*. Buenos Aires, Argentina. Federación de Educadores Bonaorenses.
- Braunstein, N., Pasternac, M., Benedito, G., Saal, F., (1986). *Psicología, Ideología y Ciencia*. México. Siglo XXI.
- Braunstein, N. (2006). *El malestar en psicoanálisis*. Revista Carta Psicoanalítica. <http://www.cartapsi.org/spip.php?article124>. Fecha de última consulta. 02/08/2016.
- Buck J. (2008). *Casa-Árbol-Persona: H-T-P, técnica proyectiva de dibujo: manual y guía de interpretación*. 2ª ed. Madrid: TEA.
- Corman, L. (1967). *El test de la familia*. Buenos Aires, Argentina. Kapelusz.
- Dolto, F. (1988). *El caso Dominique*. Madrid, España. Siglo XXI.
- Dolto, F. (2000). *Seminario de psicoanálisis I*. México. Siglo XXI.
- Dolto, F., Mannoni, M. (1965). *La primera entrevista con el psicoanalista*. Barcelona, España. Gedisa.
- Dolto, F., Nasio, J.D. (2006). *El niño del espejo. El trabajo psicoterapéutico*. Barcelona, España. Gedisa.

- Eco, H. (2001). *Como se hace una Tesis*. Madrid, España. Gedisa.
- Klein, M. (1975). *El psicoanálisis de niños*. España. Paidós.
- Flores, A. (1999). *El sujeto y su odisea*. México. UNAM Iztacala.
- Flores, A. (2011). *Adolescentes en conflicto con la ley. ¿Lo residual del sistema?* Tuxtla Gutiérrez, Chiapas; México. Grupo Metonimia, A.C.
- Foucault, M. (2000). *Los anormales*. México. FCE.
- Freud, S. (1997). *Proyecto de psicología*. Vol. I. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
- Freud, S. (1997) *Obras Completas. Estudios sobre la histeria*. Vol. II. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu
- Freud, S. (1997) *La interpretación de los sueños*. Tomo IV. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
- Freud, S. (1997) *Tres ensayos de una teoría sexual*. Vol. VII. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
- Freud, S. (1997) *Sobre las teorías sexuales infantiles*. Vol. IX. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
- Freud, S. (1997) *Carácter y erotismo anal*. Vol. IX. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu
- Freud, S. (1997) *La predisposición a la neurosis obsesiva. Contribución al problema de la elección de neurosis*. Vol. XII. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
- Freud, S. (1997) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 35ª conferencia. En torno de una cosmovisión*. Vol. XXII. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
- Freud, S. (1997) *Introducción del narcisismo.*, Vol. XIV. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
- Freud, S. (1997) *Dos artículos de enciclopedia*. Vol. XVIII. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu.
- Gay, P. (1999). *Freud, una vida de nuestro tiempo*. Barcelona, España. Paidós.

González, N., Cervilla, F., Pereña, F., Mira, V., María Cabrera, A., Gallano, C., Ruiz, P., Cortijo, I. (2003). *CLÍNICA DE LA INFANCIA ¿Qué niños hay para mañana?*. Madrid, España. Ediciones del Colegio de Psicoanálisis de Madrid.

Gallo, H., Elkin R., M. (2012). *El psicoanálisis y la investigación en la universidad*. Buenos Aires, Argentina. Grama Ediciones.

Julien, P. (1991). *El manto de Noé, Ensayo sobre la paternidad*. Buenos Aires, Argentina. Alianza Editorial.

Klein, M. (1975). *El psicoanálisis de niños*: España. Paidós.

Klein, M. (1966). *Psicoanálisis del desarrollo temprano*. Buenos Aires, Argentina. Ed. Horme.

Kristeva, J. (1983). *En el comienzo era el amor*. Buenos Aires, Argentina: Gedisa.

Kuras de Mauer, S., May, N. (2001). *Revista de psicoanálisis APdeBA-Vol. XXXIII-No. 3*.- Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/032001kuras.pdf>.

Lacan, J. M. (1981). *Seminario I, Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)*. Barcelona, España: Paidós.

Lacan, J.M. (1985). *Seminario IV. Las relaciones de objeto*. Barcelona, España. Paidós.

Lacan, J.M. (1958). *Seminario V. Las formaciones del inconsciente*. Barcelona, España. Paidós

Lacan, J.M. (1985). *El mito individual del neurótico*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.

Lacan, J.M. (1969). *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires, Argentina. Manantial.

Lacan, J.M. (1938). *Otros escritos*. Buenos Aires, Argentina. Paidós

Lacan, J. M. (1966). *Escritos I*. México. Siglo XXI.

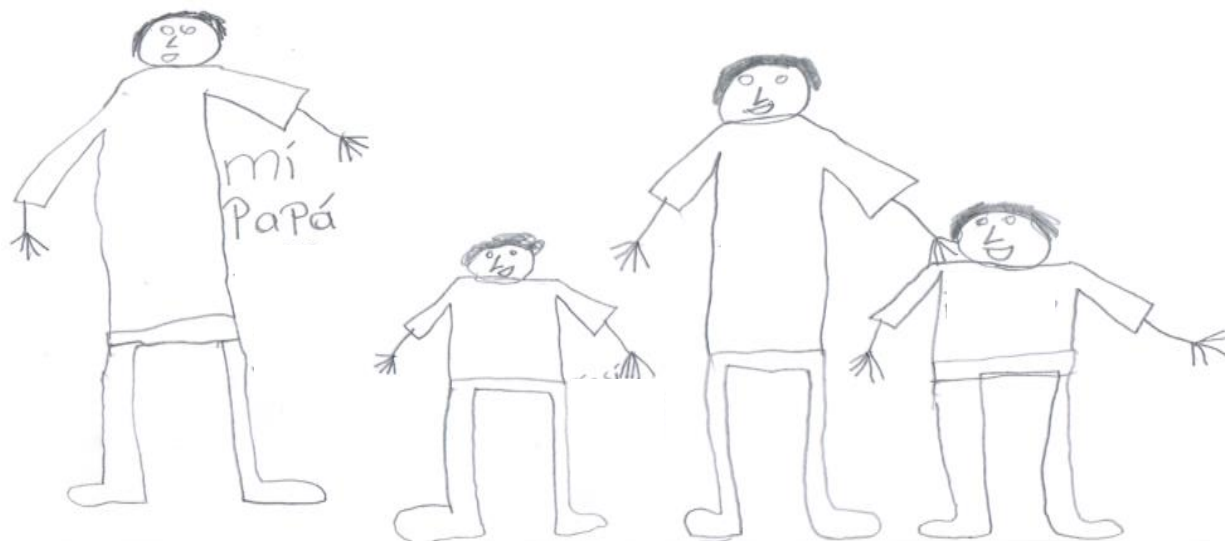
Lacan, J.M. (2003). *Escritos II*. México. Siglo XXI.

- Lacan, J.M. (1977). *Psicoanálisis, radiofonía y televisión*. Barcelona, España. Anagrama.
- Lacan, J.M. (1996). *El seminario XVII. El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Laurent, E. (1994). *La familia moderna*. Buenos Aires, Argentina. Revista Registros
- Lucien, I. (1979). *El goce de la histérica*. Barcelona, España. Argonauta.
- Maganto, C. Garaigordobil, M. (2009) El diagnóstico infantil desde la expresión gráfica. El test de dos figuras humanas (T2F). *Clínica y Salud*. Vol. 20, núm. 3, pp. 237-248.
- Masotta, O. (1991). *Lecciones de introducción al psicoanálisis*. México. Gedisa.
- Marthe, R. (1964). *La revolución psicoanalítica*. FCE. México.
- Martínez, S. C. (2008). *La familia y la estructuración psíquica del sujeto. Una aproximación psicoanalítica*. México. UAM.
- Martin, C. (2005). *La parentalidad: controversias en torno de un problema público*. Revista de estudios de género. La ventana, número 022, México: Universidad de Guadalajara. Guadalajara, México.
- Miller, J.A. (2006). *Introducción a la Clínica Lacaniana. Conferencias en la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*. Barcelona, España. RBA Libros
- Miller, J. A. (2005). *Introducción al método psicoanalítico*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Miller, J. A. (2009). *Conferencias porteñas*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Miller, J. A. (2013). *Piezas sueltas*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Miller, J. A. (2011). *Del Edipo a la sexuación*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Miller, J.A. (2007). *Dos dimensiones clínicas: Síntoma y fantasma*. Fundación del campo Freudiano en Argentina, Buenos Aires, Argentina. Manantial.

- Massota, O. (1991). *Lecciones de introducción al psicoanálisis*. México. Gedisa.
- Pinker, S. (2012). *Los ángeles que llevamos dentro. El declive de la violencia y sus implicaciones*. Barcelona, España. Paidós
- Rodulfo, R. (2014). *El niño y el significante*. Buenos Aires, Argentina. Paidós.
- Slapak, S., Cervone, N. y LuzziLineba, A.M., (2009). *Estrategias Metodológicas en la Investigación Clínica*. Instituto de Neurociencias, Buenos Aires, Argentina. *Revista Argentina de Clínica Psicológica* XVIII.
- Schlemenson, Silvia. (2004). *Subjetividad y lenguaje en la clínica psicopedagógica*. Buenos Aires, Argentina. Paidós Educador.
- Tavazza, G. (2006). *Función de los padres entre estabilidad y cambio*. Centro psicoanalítico de Florencia, Italia. Recuperado de http://www.spifi-firenze.it/it/index.php?option=com_content&view=article&id=128:la-funzione-genitoriale-tra-stabilita-e-cambiamento&catid=83&Itemid=499
- This, B. (1980). *El padre: acto de nacimiento*. Barcelona, España. Paidós.
- Toldos, M. P. (2002). *Adolescencia, violencia y género*. Tesis doctoral, Facultad de Psicología, Universidad Complutense de Madrid. Madrid, España. Recuperado de <http://ruidera.uclm.es:8080/jspui/bitstream/10578/1005/1/273%20factores%20psicosociales%20de%20la%20agresi%C3%B3n.pdf>.
- Tubert, S. (2000). Sigmund *Freud*. Madrid, España. EdaF-Ensayo.
- Ramírez, O. M. E. (2012) *Psicoanálisis con niños y dificultades en el aprendizaje*. Buenos Aires, Argentina. Grama Ediciones.
- Roudinesco, E. (2000). *¿Por qué el psicoanálisis?* Barcelona, España. Paidós.
- Roudinesco, E. (2003). *La familia en desorden*. 1ª ed. 4ª Reimpresión. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.

ANEXOS

Caso 1



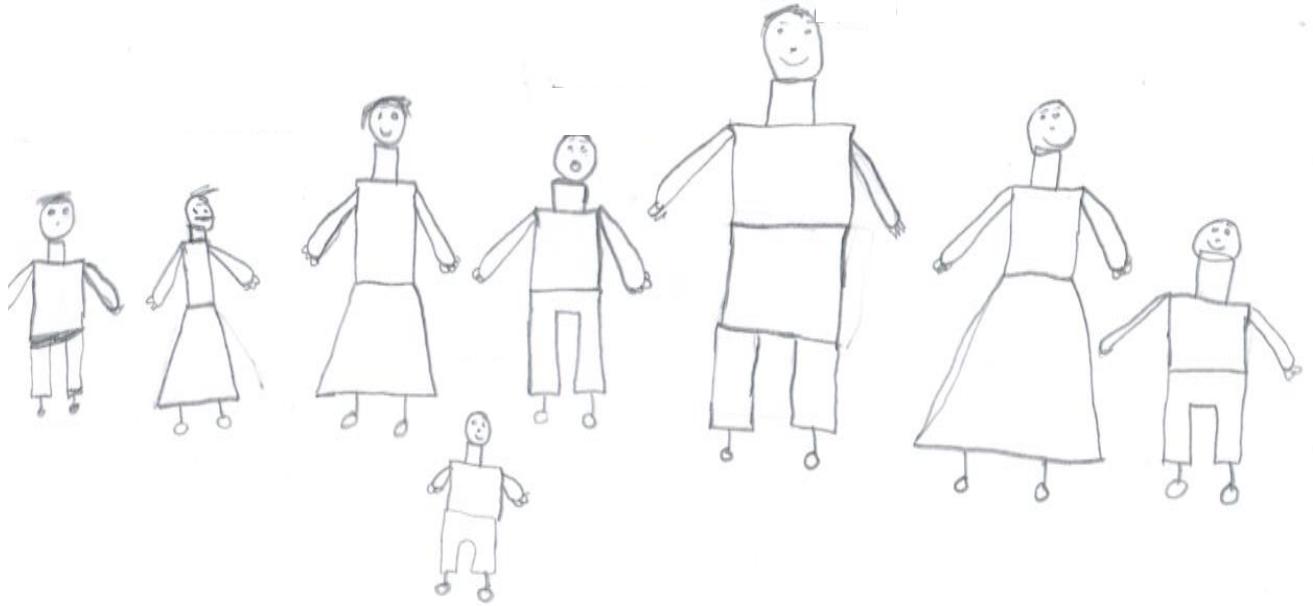
Dibujo 1



Habia una vez un árbol de
manzana x una casa x un carro
que esa familia vivía adrento
de esa casa x iban a
pasiar con el carro.

Dibujo 2

CASO 2



Dibujo 3



Dibujo 4